

Maxine Hong Kinston “Tigres blancos”*

Cuando las niñas chinas escuchábamos narrar a los adultos, aprendíamos que seríamos un fracaso si nos convertíamos solo en esposas o esclavas. Podíamos ser heroínas, mujeres espadachines. Incluso si tenía que recorrer toda China enfurecida, una espadachín saldaba las cuentas con cualquiera que dañara su familia. Quizás las mujeres fueron alguna vez tan peligrosas que tuvieron que atar sus pies. Fue una mujer la que inventó el estilo grulla blanca en el box hace solo doscientos años. Ya era una experta en la lucha con bastón, hija de un maestro entrenado en el templo de Shao-lin, donde vivía una orden de monjes luchadores. Se estaba peinando una mañana cuando una grulla blanca se posó fuera de la ventana. La provocó con una vara y la grulla se la empujó a un lado con un golpe suave del ala. Sorprendida, salió disparada afuera y trató de hacer caer a la grulla de la percha. Esta le partió la vara en dos. Reconociendo la presencia de una gran fuerza, le preguntó al espíritu de la grulla blanca si le enseñaría a pelear. Esta le contestó con un grito que los boxeadores del estilo grulla blanca imitan aún hoy en día. Más tarde el ave volvió transformada en un anciano que la guió en el boxeo por muchos años. Así fue cómo ella le dio al mundo una nueva arte marcial.

Esta era una de las historias más insulsas, más modernas, una mera introducción. Mi madre contaba otras que seguían a las espadachines a través de bosques y palacios por años. Noche tras noche mi madre narraba hasta que nos quedábamos dormidas. No podría decir dónde terminaban las historias y dónde comenzaban los sueños; su voz, la voz de las heroínas en mi dormir. Y los domingos, desde el mediodía a la medianoche, íbamos a ver películas a la Iglesia de Confucio. Veíamos las espadachines saltar sobre las casas desde una posición totalmente quieta; ni siquiera necesitaban correr para tomar impulso.

Finalmente vi que yo también había estado en presencia de un gran poder, las narraciones de mi madre. Ya de grande, escuché el canto de Fa Mu Lan, la niña que tomó el lugar de su padre en la batalla. Instantáneamente recordé que de niña había seguido a mi madre a través de la casa, las dos cantando acerca de cómo Fa Mu Lan luchó gloriosamente y regresó viva de la guerra para establecerse en la aldea. Había olvidado ese canto que fuera una vez mío, dado por mi madre, quien puede no haber conocido su poder de evocación. Decía que yo me volvería esposa y esclava, pero me enseñó la canción de la mujer guerrera, Fa Mu Lan. Debería haberme transformado de una mujer guerrera.

El llamado llegaría de un ave que volaba encima de los techos. En los dibujos a pincel se parece al ideograma de “humano”, dos alas negras. El ave cruzaría el sol y se elevaría hacia las montañas (parecidas al ideograma “montañas”), partiendo allí brevemente la neblina que remolineaba opaca de nuevo. El día que siguiera al ave a las montañas, yo sería una pequeña de siete años. Las zarzas me rasgarían los zapatos y las rocas me cortarían los pies y los dedos, pero yo seguiría escalando, con los ojos hacia arriba para seguir el ave. Rodearíamos una y otra vez la montaña más alta, siempre escalando hacia arriba. Bebería del río, con el que me cruzaría una y otra vez. Nos elevaríamos tanto que las plantas cambiarían, y el río que fluye más allá de la aldea se transformaría en una cascada. A la altura en que el ave solía desaparecer, las nubes volverían gris al mundo como una capa de tinta.

Aún cuando me acostumbrara a ese gris, solo vería los picos como sombreados en lápiz, las rocas como frotadas con carbonilla, todo tan turbio. Habría solo dos pinceladas negras, el ave. No sabría cuántas horas o días pasaron en el interior de las nubes, en el aliento del dragón. De repente,

* Traducido por Gabriel Matelo como material de uso interno de cátedra. Nota: desconozco el chino, pero en el inglés de Hong Kinston hay una notoria desviación con respecto a un inglés ‘estándar’, no tanto en el vocabulario, sino en la sintaxis y las recciones verbales entre cláusulas; rasgo que he tratado de conservar en la traducción, alterando, por supuesto, la sintaxis y las recciones del español.

sin ruido, irrumpiría en un mundo amarillo, cálido. Árboles nuevos se inclinarían hacia mí en los ángulos de la montaña, pero cuando buscara la aldea, se habría desvanecido bajo las nubes.

El ave, ahora dorada de tan cercana al sol, se posaría en la paja de una choza, que, hasta que las dos patas del ave la tocaron, estaba camuflada como parte de la ladera.

La puerta se abrió, y un anciano y una anciana salieron llevando cuencos de arroz y sopa y frondosas ramas de durazno.

Me saludaron con “¿Has comido arroz hoy, pequeña?”

“Sí,” dije con cortesía, “gracias.”

(“No,” habría dicho en la vida real, furiosa con los chinos por mentir tanto. “Me muero de hambre. ¿Tienen galletitas? Me gustan las que tienen trocitos de chocolate.”)

“Nos estábamos por sentar a comer,” dijo la anciana. “¿Por qué no comes con nosotros?”

Casualmente traían tres cuencos de arroz y tres pares de palillos de plata a una mesa tablón bajo los pinos. Me dieron un huevo, como si fuera mi cumpleaños, y té, aunque eran mayores, pero se los serví yo. La tetera y la olla de arroz parecían sin fondo, pero quizás no; la anciana pareja comió muy poquito excepto duraznos.

Cuando las montañas y los pinos se volvieron azul buey, azul perro, y azul gente de pie, la anciana pareja me pidió que pasara la noche en la choza. Pensé en el largo descenso en la oscuridad fantasmal y decidí que sí. El interior de la choza parecía tan grande como el exterior. Agujas de pino cubrían el piso en patrones espesos; alguien había ordenado las agujas de pino amarillas, verdes y marrones según su edad. Cuando pisé sin cuidado y desordené una línea, mis pies levantaron nuevas misturas de colores terrosos, pero el anciano y la anciana caminaban tan levemente que sus pies no revolvían los diseños, ni siquiera una aguja.

Crecía una roca en medio de la casa, y esa era su mesa. Los bancos eran árboles caídos. De una pared salían helechos y flores umbrías, la ladera misma. La anciana pareja me arropó en una cama justo de mi tamaño. “Respira acompasadamente; si no, perderás el equilibrio y te caerás,” dijo la mujer, cubriéndome con un costal de seda relleno de plumas y hierbas. “Los cantantes de ópera, que comienzan su entrenamiento a los cinco, duermen en camas como esta.” Luego ambos salieron, y a través de la ventana pude verlos tirar de una soga enlazada a una rama. La soga estaba atada al techo, y el techo se abría como la tapa de una canasta. Dormiría con la luna y las estrellas. No vi si la anciana pareja dormía, así de rápido me quedé dormida yo, pero allí estarían a la mañana despertándome con comida.

“Pequeña, has pasado casi un día y una noche con nosotros,” dijo la anciana. En la luz matutina pude ver sus lóbulos perforados de oro. “¿Piensas que soportarías quedarte con nosotros por quince años? Te podemos entrenar para que te vuelvas una guerrera.”

“¿Qué hay de mi madre y de mi padre?”, pregunté.

El anciano desató la calabaza para beber que llevaba en cabestrillo a su espalda. Levantó la tapa por el cabito y buscó algo en el agua. “Ah, ahí están,” dijo.

Primero vi solo el agua tan clara que magnificaba las fibras en las paredes de la calabaza. En la superficie, solo vi mi propio reflejo. El anciano rodeó el cuello de la calabaza con el pulgar y el índice y le dio una sacudida. Al sacudirse y luego asentarse, los colores y las luces parpadearon convirtiéndose en una imagen, sin reflejar nada que pudiera ver alrededor. Allí en el fondo de la calabaza estaban mi madre y mi padre mirando al firmamento, que era donde estaba yo. “Entonces ya ha ocurrido”, pude oírle decir a mi madre. “No esperé que fuera tan rápido.” “Le oíste decir al ave que se la llevaría,” contestó mi padre. “Este año tendremos que cosechar las papas sin su ayuda,” dijo mi madre, y regresaron a los campos, llevando las canastas de paja. El agua se revolvió

y se transformó en agua de nuevo. “Mamá. Papá”, llamé, pero estaban en el valle y no pudieron oírme.

“¿Qué quieres hacer?”, preguntó el anciano. “Puedes volver ahora mismo si quieres. Puedes ir a sacar batatas, o puedes quedarte con nosotros y aprender a combatir bárbaros y bandidos.”

“Puedes vengar tu aldea,” dijo la anciana. “Puedes recapturar las cosechas que los ladrones han robado. Puedes ser recordada por el pueblo Han por tus diligencias.”

“Me quedaré con ustedes”, dije.

Entonces la choza se volvió mi hogar, y me enteré que la anciana no componía las agujas a mano. Abría el techo; se levantaba un viento otoñal, y las agujas caían en trenzas, líneas marrones, líneas verdes, líneas amarillas. La anciana ondeaba sus brazos conduciendo los movimientos; soplando suave por la boca. Pensé que ciertamente la naturaleza opera de manera diferente en las montañas que en los valles.

“Lo primero que debes aprender”, me dijo la anciana, “es a estar en silencio.” Me dejaron junto a los arroyos a observar los animales. “Si eres ruidosa, harás que el ciervo se vaya sin tomar agua.”

Cuando pude pasar todo el día arrodillada sin que me dieran calambres y con la respiración acompasada, las ardillas enterraron sus provisiones en el dobladillo de mi camisa y luego curvaron las colas en una danza de celebración. Por las noches, los ratones y los sapos me miraban con ojos como estrellas rápidas y lentas. Sin embargo, ni una vez vi un sapo de tres patas; se necesita una ristra de monedas como cebo.

Los dos ancianos me guiaron en ejercicios que comenzaban al amanecer y terminaban al ocaso de modo que podía ver cómo nuestras sombras crecían, se encogían, y crecían de nuevo, arraigadas a la tierra. Aprendí a mover en círculos los dedos, las manos, los pies, la cabeza y el cuerpo entero. Caminaba poniendo primero el talón, con los dedos apuntando hacia fuera treinta o cuarenta grados, haciendo el ideograma “ocho”, haciendo el ideograma “humano.” Con las rodillas dobladas, me mecía en un lento y medurado “paso cruzado”, la poderosa manera de caminar al entrar en batalla. Luego de cinco años mi cuerpo se volvió tan fuerte que podía controlar incluso la dilatación de las pupilas en el iris. Podía copiar a los búhos y murciélagos, siendo las palabras para “murciélago” y “bendición” homónimas. Luego de seis años los ciervos me dejaban correr a su lado. Podía saltar veinte pies en el aire desde la quietud, brincando como un mono por sobre la choza. Todas las criaturas tienen una habilidad oculta y una habilidad de lucha que un guerrero puede usar. Cuando los pájaros se posaban en mis manos, podía manejar mis músculos para dejarlos sin la base de donde partir volando.

Pero no pude volar como el ave que me condujo aquí, excepto en grandes sueños libres.

Durante el séptimo año (cumplía los catorce), los ancianos me llevaron con los ojos vendados a las montañas de los tigres blancos. Me sostuvieron de los hombros y me gritaron al oído: “Corre. Corre. Corre.” Corrí y, sin pisar más allá del acantilado al borde de mis dedos y sin golpearme la frente contra una pared, corrí más rápido. Un viento me mantuvo a flote por sobre los techos, las rocas, las pequeñas colinas. Llegamos al lugar del tigre instantáneamente, un pico de montaña a 3,3 pies del firmamento. Tuvimos que encorvarnos.

Los ancianos me saludaron ondeando las manos una vez, se deslizaron montaña abajo, y desaparecieron detrás de un árbol. La anciana, buena con el arco y flecha, se los llevó con ella; el anciano se llevó la calabaza del agua. Tendría que sobrevivir con las manos vacías. Había nieve en el suelo, y la nieve caía en ráfagas sueltas; otra manera en que respiran los dragones. Caminé en la dirección por la que había venido y cuando llegué a la zona de bosques, recogí madera desgajada de cerezo, peonía y castaño, que es el árbol de la vida. El fuego, me habían enseñado los ancianos, se almacena en los árboles que dan flores rojas o bayas rojas en la primavera o cuyas hojas se

enrojecen en el otoño. Tomé la madera que se encuentra en los lugares protegidos debajo de los árboles y la envolví con mi pañuelo para que se mantuviera seca. Cavé donde podrían haber estado las ardillas, robando una o dos nueces en cada lugar. También las envolví en el pañuelo. Es posible, decía la anciana pareja, que un ser humano viva cincuenta días solo de agua. Guardaría las raíces y nueces para las escaladas pesadas, los lugares donde nada crece, o la emergencia de que no encontrara la choza. Esta vez no habría ningún ave que seguir.

La primera noche quemé la mitad de la madera y dormí acurrucada contra la montaña. Oí a los tigres blancos merodear del otro lado de la fogata, pero no pude distinguirlos de los trozos de nieve. La mañana se elevó perfectamente. Me apuré a recoger madera y comestibles. No comí nada y solo bebí la nieve que había derretido el fuego.

Los primeros dos días fueron un obsequio, el ayuno tan fácil de seguir. Me sentí tan petulante en mi fuerza que al tercer día, el más arduo, me encontré sentada en el suelo, abriendo el pañuelo y mirando fijo las nueces y raíces secas. En vez de seguir caminando con firmeza o incluso comer, me desvanecí en sueños acerca de la carne que mi madre solía cocinar, olvidando mis alimentos de monje. Esa noche quemé casi toda la leña que había recogido, incapaz de dormir al enfrentar la muerte; si no bien la muerte aquí, la muerte algún día entonces. Los animales lunares que no hibernan salieron a cazar, pero desde que viví con los ancianos había renunciado a los hábitos de un carnívoro. No entramparía los ratones que bailaban tan cerca o los búhos que se zambullían al borde de la fogata.

El cuarto y quinto días, con los ojos bien abiertos por el hambre, vi ciervos y usé sus rastros cuando coincidieron nuestros caminos. Recogí hongos de donde los ciervos mordisqueaban, los hongos de la inmortalidad.

Al mediodía del décimo día apisoné nieve, blanca como el arroz, en el centro gastado de una roca que un dedo de hielo me apuntó, y alrededor de la roca hice una fogata. En el agua calentándose puse raíces, nueces y el hongo de la inmortalidad. Para tener más variedad, comí crudo un cuarto de las nueces y raíces. Oh, un gozo verde corrió por mi boca, mi cabeza, mi estómago, los dedos de los pies, mi alma; la mejor comida de mi vida.

Un día me di cuenta que recorría largas distancias a zancadas sin impedimento, y el atado ligero. La comida se había vuelto tan escasa que ya no me detenía a recogerla. Me había adentrado en tierra muerta. Aquí incluso la nieve cesó. No volví a las zonas más ricas, en donde de todos modos no podía permanecer, pero, resolviendo ayunar hasta que llegara a mitad de camino de los próximos bosques, comencé a cruzar las rocas secas. Sobrecargada por la madera a mi espalda, las ramas me pinchaban enloquecedoramente, había quemado casi todo el combustible para no malgastar las fuerzas en arrastrarlo.

En algún lugar de la tierra muerta perdí cuenta de los días. Parecía como si hubiera estado caminando por siempre; la vida nunca había sido diferente a esto. Un anciano y una anciana habrían sido de ayuda, si solo lo hubiera deseado. Tenía catorce años y había desaparecido de mi aldea. Caminaba en círculos. ¿No me habían encontrado ya los ancianos? ¿O todavía eso tenía que ocurrir? Deseé estar con mi madre y mi padre. El anciano y la anciana eran solo parte de este estar perdida y de esta hambre.

Un ocaso terminé con lo último que me quedaba de comida pero tenía suficientes palitos para un buen fuego. Miré fijo las llamas, que me recordaron cuando ayudaba a mi madre a hacer la comida y me hizo llorar. Fue muy extraño mirar el fuego a través del agua y ver a mi madre de nuevo. Cabeceé, naranja y cálida.

Un conejo blanco saltó junto a mí, y por un instante pensé que era un borrón de nieve que había caído del cielo. El conejo y yo nos estudiamos mutuamente. Los conejos saben a pollo. Mi madre y mi padre me habían enseñado a golpear los conejos en la cabeza con una jarra de vino, luego despellejarlos limpios para usar la piel en la vestimenta. “Es una noche fría para ser un

animal”, dije. “¿Quieres algo de fuego también, no es cierto? Deja que ponga otra rama, entonces.” No lo golpearía con la rama. Había aprendido de los conejos a devolver la patada. Quizás este estaba enfermo porque normalmente a los animales no les gusta el fuego. Sin embargo, el conejo parecía bien alerta, me miraba con mucha agudeza, acercándose a la fogata. Pero no se detuvo cuando llegó al borde. El fuego disminuyó por un instante, como acurrucándose por la sorpresa, luego las llamas se dispararon más altas que antes. Cuando el fuego se calmó de nuevo, vi que el conejo se había transformado en carne, dorada en el punto justo. La comí, sabiendo que el conejo se había sacrificado por mí. Me había hecho una ofrenda de carne.

Cuando se ha estado caminando a través del bosque por horas -y finalmente llegué a los árboles más allá de la tierra muerta- las ramas lo cruzan todo, sin alivio dondequiera que se vuelva la vista hasta que los ojos comienzan a inventar nuevos paisajes. El hambre cambia también el mundo; cuando comer no puede ser un hábito, entonces tampoco lo puede ser la vista. Vi dos personas hechas de oro bailando las danzas de la tierra. Giraban con tanta perfección que juntos eran el eje de la tierra girando. Eran luz; eran de oro fundido y cambiante; leones bailarines chinos, leones bailarines africanos en medio de un paso de danza. Escuché agudas campanas javanasas mezclándose con campanas indias, hindúes y nativas americanas. Ante mis ojos, las campanas doradas se deshacían en borlas doradas que se abrían en abanico en dos capas majestuosas y se suavizaban en pelo de león. Las crines se transformaban en plumas que brillaban tornándose rayos de luz. Luego los bailarines danzaron el futuro -un futuro máquina- en ropas que nunca había visto antes. Estoy viendo pasar los siglos en instantes porque de repente comprendo el tiempo, que gira y está fijo como la estrella del norte. Y comprendo que el trabajo y el pasar el azadón son danzas; que las ropas de los campesinos son doradas, como las ropas de un rey; que uno de los bailarines siempre es un hombre y el otro una mujer. El hombre y la mujer se hicieron cada vez más grandes, muy brillantes. Pura luz. Son ángeles altos en dos filas. Tienen alas blancas en sus espaldas. Quizás haya ángeles infinitos; quizás veo dos ángeles en sus instantes consecutivos. No soporto su brillo y me cubro los ojos, que duelen de estar tan abiertos sin pestañar. Cuando retiro las manos para mirar de nuevo, reconozco el anciano cobrizo y la anciana gris que se acercan a mí caminando desde el bosque de pinos.

Parecería que esta pequeña grieta en el misterio se abrió no tanto por la magia de los ancianos, sino por el hambre. Posteriormente, cada vez que no comía por largo tiempo, tanto durante las hambrunas como las batallas, pude observar la gente común y ver su luz y oro. Pude ver su danza. Cuando tengo suficiente hambre, entonces la matanza y la caída son también danza.

Los ancianos me alimentaron con sopa de vegetales caliente. Luego me pidieron que narrara acerca de lo ocurrido en las montañas de los tigres blancos. Les conté que los tigres blancos me habían acechado a través de la nieve pero que los había rechazado con ramas encendidas, y mis bisabuelos habían venido a guiarme sana y salva a través de los bosques. Había encontrado un conejo que me enseñó acerca de la auto-inmolación y cómo acelerar la transmigración: no hay que convertirse en gusanos primero sino que se puede transformar directamente en un ser humano; así como en nuestra condición humana habíamos transformado también cuencos de sopa de vegetales en gente. Eso los hizo reír. “Cuentas buenas historias”, dijeron. “Ahora ve a dormir, y mañana comenzaremos con las lecciones del dragón.”

“Una cosa más”, quise decirles. “Vi cuán viejos son en realidad.” Pero ya estaba dormida; salió solo como un murmullo. Quería contarles acerca de la última etapa de mi viaje; pero era solo un momento entre las semanas que había estado ausente, y el relato podía esperar hasta la mañana. Además, ya deberían saberlo. En los años siguientes, cuando me los encontraba repentinamente o cuando los veía por el rabillo de mis ojos, él se aparecía como un joven buenmozo, alto y de pelo negro, y ella, como una joven hermosa que corría a través del bosque con las piernas desnudas. En primavera se vestía como una novia; usaba hojas de junípero en el pelo y una chaqueta negra bordada. Aprendí a disparar con precisión porque mis maestros sostenían los blancos. A menudo cuando observaba una flecha salir volando, allí al costado los vislumbraba como jóvenes, pero

cuando fijaba la vista, se volvían ancianos de nuevo. Para esa época había adivinado por sus maneras que la anciana, más que esposa, era hermana o amiga del anciano.

Luego de regresar de la prueba de supervivencia, los dos ancianos me entrenaron en las maneras del dragón, lo que llevó otros ocho años. Copiar a los tigres, su modo de matar mediante el acecho y su furia, había sido un gozo salvaje y sediento de sangre. Es fácil encontrar tigres, pero necesitaba una sabiduría adulta para conocer a los dragones. “Tienes que inferir el dragón todo de las partes que puedes ver y tocar,” decía el anciano. A diferencia de los tigres, los dragones son tan inmensos que nunca vería uno en su totalidad. Pero podía explorar las montañas, que son la coronilla de sus cabezas. “Estas montañas son también *como* coronillas de cabezas de *otros* dragones,” me decían los ancianos. Al escalar las laderas, pude comprender que yo era un insecto montado en la frente de un dragón mientras deambula a través del espacio, con una velocidad tan diferente de la mía que siento al dragón como algo sólido e inmóvil. En las canteras podía ver sus estratos, las venas y músculos del dragón; los minerales, sus dientes y huesos. Podía tocar las piedras que la anciana llevaba puestas; su médula ósea. Había trabajado la tierra, que es su carne, y cosechado plantas y trepado a los árboles, que son sus cabellos. Podía escuchar su voz en el trueno y sentir su aliento en los vientos, ver su aliento en las nubes. Su lengua es el rayo. Y el rojo con que el rayo ilumina el mundo es intenso y afortunado; en la sangre, las amapolas, las rosas, los rubíes, las plumas rojas de los pájaros, la carpa roja, el cerezo, la peonia, la línea que cruza los ojos de las tortugas y los ánades. En la primavera, en que el dragón despierta, observé sus movimientos en los ríos.

Lo más cerca que estuve de ver un dragón completo fue cuando los ancianos cortaron una pequeña tira de corteza de un pino que tenía más de tres mil años. La resina fluye con las formas arremolinadas de los dragones. “Si durante tu vejez decidieras que te gustaría vivir otros quinientos años, ven aquí y bebe diez libras de esta sabia,” me dijeron. “Pero no lo hagas ahora. Eres demasiado joven para decidir vivir por siempre.” Los ancianos me enviaron a las tormentas de truenos a recoger la hierba de las nubes rojas que crece solo entonces, producto del fuego del dragón y de la lluvia del dragón. Les traje las hojas al anciano y la anciana, y las comieron para ser inmortales.

Aprendí a expandir mi mente, tanto como el universo, y así dar lugar a las paradojas. Las perlas son médula ósea; las perlas salen de las ostras. El dragón vive en el cielo, el océano, los pantanos, y las montañas; y las montañas son también su cráneo. Su voz atruena y tintinea como ollas de cobre. Su aliento, fuego y agua; y a veces el dragón es uno, a veces muchos.

Trabajaba todos los días. Cuando llovía, me ejercitaba en el aguacero, agradecida de no tener que desenterrar batatas. Me movía como los árboles al viento. Estaba agradecida de no estar metida en el fango de los pollos, acerca de lo cual ya no tenía pesadillas muy frecuentes ahora.

Las mañanas de Año Nuevo, el anciano me permitía mirar en la calabaza para ver a mi familia. Compartían la comida más grande el año, y yo los extrañaba muchísimo. Me había sentido amada, el amor se derramaba de sus dedos cuando los adultos metían dinero rojo en nuestros bolsillos. Mis ancianos no me daban dinero, sino, cada año de los quince, un abalorio. Luego que desenvolvía el papel rojo y movía el abalorio entre el pulgar y el índice, se lo llevaban para guardarlo. Como usualmente, tomábamos comida de monje.

Mirando en la calabaza pude seguir a los hombres que tendría que ejecutar. Sin saber que yo miraba, los gordos comían carne; los gordos bebían vino de arroz; los gordos se sentaban encima de niñas desnudas. Observé a los poderosos contar su dinero, y a los hambrientos contar el suyo. Cuando los bandidos volvían a sus casas con su parte del botín, esperaba hasta que se quitaran las máscaras y así pude saber qué aldeanos habían robado a los otros. Estudié los rostros de los generales, con los penachos de rango flotándoles detrás de la cabeza. Me aprendí los rostros de los rebeldes también, con las frentes ceñidas con salvajes juramentos.

El anciano señaló las fortalezas y las debilidades que se presentan cada vez que los héroes se enfrentaban en las batallas clásicas, pero la guerra embarulla las bellas y viejas luchas lentas. Vi a un joven luchador saludar a su oponente; y cinco campesinos lo golpearon por detrás con guadañas y martillos. Su oponente no se lo advirtió.

“¡Tramosos!,” chillé. “¿Cómo voy a triunfar entre tramosos?”

“No te preocupes,” dijo el anciano. “Nunca caerás en la trampa como ese pobre aficionado. Puedes ver detrás de ti como un murciélago. Contiene a los campesinos con una mano y mata al guerrero con la otra.”

Los días menstruales no interrumpían mi entrenamiento; me sentía tan fuerte como cualquier otro día. “Ya eres una adulta,” me explicó la anciana la primera vez, que resultó ser a mediados de mi estadía en las montañas. “Puedes tener hijos.” Pensé que me había cortado al saltar sobre las espadas, una hecha de acero y la otra esculpida de un único bloque de jade. “Sin embargo,” agregó, “te pedimos que pospongas tener hijos por unos pocos años más.”

“¿Puedo usar el control que me ha enseñado y detener la sangre?”

“No. No detienes el cagar y mear,” dijo. “Es lo mismo con la sangre. Déjala correr.” (“Déjala caminar” en chino.)

Para consolarme de estar ese día sin mi familia, me permitieron mirar en la calabaza. Mi familia entera estaba visitando amigos del otro lado del río. Todos llevaban ropas buenas y se intercambiaban tortas. Era una boda. Mi madre les hablaba a los invitados: “Gracias por recibir a nuestra hija. Dondequiera que esté, debe sentirse feliz ahora. Con seguridad volverá si está viva, y si es un espíritu, vosotros les habéis otorgado un linaje. Estamos tan agradecidos.”

Sí, estaría feliz. Cuán plena me sentiría con todo su amor por mí. Tendría por esposo mi propio amigo de juegos, querido desde la infancia, que me amaba tanto que se convertiría en un novio espíritu en honor a mí. Seremos tan felices cuando vuelva al valle, saludable y fuerte, no un fantasma.

El agua me mostró un acercamiento del hermoso rostro de mi esposo; y estaba mirando cuando se puso pálido ante la llegada repentina a caballo de hombres con armadura, produciendo ruidos sordos y otros metálicos. Mi gente se apoderó de sartenes, sopa hirviente, cuchillos, martillos, tijeras, cualquier tipo de arma que estuviera a mano, pero mi padre dijo, “son demasiados,” y depusieron las armas esperando silenciosamente en la puerta, abierta como para esperar invitados. Un ejército de jinetes se detuvo ante nuestra casa; los soldados de infantería se acercaban a distancia. Un jinete con escamas plateadas refulgiendo al sol gritó con un rollo en las manos; las palabras le abrían una grieta roja en la barba negra. “Vuestro barón ha prometido cincuenta hombres del distrito, uno por cada familia,” dijo, y luego nombró los apellidos de las familias.

“¡No!,” grité.

“Iré yo,” les dijeron a sus padres mi nuevo esposo y mi hermano menor.

“No,” dijo mi padre, “iré yo mismo,” pero las mujeres lo retuvieron hasta que pasaran los soldados, y mi esposo y mi hermano partieran con ellos.

Como agitada por los pies en marcha, el agua se arremolinó; y cuando se aquietó de nuevo (“¡Esperen!,” grité. “¡Esperen!”), había extraños. El barón y su familia, toda su familia, se golpeaban la cabeza contra el piso delante de los ancestros y les agradecían a los dioses en voz alta por protegerlos de la conscripción. Observé el cochino rostro del barón masticar con la boca abierta el cerdo sacrificial. Para aferrar su grueso cuello zambullí la mano en la calabaza, y se despedazó, salpicándome agua al rostro y las ropas. Invertí la calabaza para vaciarla, pero de ella no salió tropezando ninguna gente pequeña.

“¿Por qué no puedo volver allá abajo y ayudarlos?”, lloré. “Huiré con ambos jóvenes y nos esconderemos en las cuevas.”

“No,” dijo el anciano. “No estás preparada. Solo tienes catorce años. Serías lastimada por nada.”

“Espera a tener veintiuno,” dijo la anciana. “Serás más grande entonces y más hábil. No habrá ejército capaz de detenerte en lo que desees hacer. Si te vas ahora, te matarán, y habrás desperdiciado siete años y medio de nuestro tiempo. La privarás a tu gente de una campeona.”

“Soy lo suficientemente buena para salvar a los jóvenes.”

“No hemos trabajado tan duro para salvar solo dos jóvenes, sino familias enteras.”

Por supuesto.

“¿Realmente creen que seré capaz de eso, vencer a un ejército?”

“Incluso si luchas contra soldados entrenados como tú, la mayoría de ellos serán hombres, de pies pesados y toscos. Tendrás ventaja. No seas impaciente.”

“Puedes usar la calabaza de vez en cuando para ver a tu esposo y tu hermano,” dijo el anciano.

Pero yo ya había detenido el pánico por ellos. Pude sentir que una puerta de madera se cerraba dentro de mí. Había aprendido en la granja que podía dejar de amar a los animales criados para la matanza. Y podía comenzar a amarlos inmediatamente cuando alguien decía, “este es una mascota,” liberándome y abriendo la puerta. Había perdido hombres antes, primos y tíos reclutados para los ejércitos o tomados como aprendices, que son tan humildes como esclavas.

Sangré y pensé en la gente que había que matar; sangré y pensé en la gente que debía nacer.

Durante mis años en la montaña, no hablé con nadie excepto los dos ancianos, pero ellos parecían ser muchos. El mundo entero vivía en la calabaza, la tierra una perla verde y azul parecida a aquella con la que juega el dragón.

Cuando pude señalar al cielo y hacer que apareciera una espada, un relámpago plateado a la luz del sol, y controlar la cuchillada con mi mente, los ancianos dijeron que estaba preparada para partir. El anciano abrió la calabaza por última vez. Vi al mensajero del barón dejar mi casa, y mi padre decía, “esta vez debo ir a pelear.” Saldría disparada montaña abajo y tomaría su lugar. Los ancianos me dieron los quince abalorios que usaría en caso de meterme en un terrible peligro. Me dieron ropas y armadura de hombre. Nos reclinamos en saludo. El ave voló por encima de mí descendiendo por la montaña, y por algunas millas, cada vez que me volvía para buscarlos, había dos ancianos saludándome con la mano. Los vi a través de la neblina; los vi en las nubes; los vi grandes en la cumbre de la montaña cuando la distancia había encogido los pinos. Probablemente habían dejado imágenes de sí mismos para que me saludaran y se habían dedicado a sus otros asuntos.

Cuando llegué a la aldea, mi padre y mi madre habían envejecido tanto como aquellos cuyas formas ya no podía ver más. Ayudé a mis padres a cargar las herramientas, caminando ellos por delante muy erguidos, cada uno con una canasta o una azada para no sobrecargarme, derramando lágrimas de manera privada. Me rodeó la familia con tanto amor que casi olvidé a aquellos que no se encontraban allí. Alabé a los nuevos niños.

“Algunos dicen que los Ocho Sabios te llevaron para enseñarte su magia,” dijo una primita. “Dicen que te convirtieron en pájaro y volaste hacia ellos.”

“Algunos dicen que fuiste a la ciudad y te volviste prostituta,” agregó otra riendo tontamente.

“Podría decirles que conocí a unos maestros que estuvieron dispuestos a enseñarme ciencia,” dije.

“Me han reclutado,” dijo mi padre.

“No, Padre,” dije. “Yo tomaré tu lugar.”

Mis padres mataron un pollo y lo cocieron entero al vapor, como si le estuvieran dando la bienvenida a un hijo, pero yo me había desacostumbrado al hábito de la carne. Luego de comer arroz y vegetales, dormí por un largo rato, en preparación para la tarea por venir.

A la mañana mis padres me despertaron y me pidieron que fuera con ellos al salón familiar. “Déjate puesta la ropa de dormir,” dijo mi madre. “No te cambies todavía.” Sostenía una palangana, una toalla, y una pava de agua caliente. Mi padre tenía una botella de vino, tinta y plumas, y navajas de varios tamaños. “Ven con nosotros,” dijo. Habían controlado las lágrimas con que me dieran la bienvenida. Con aprensión sentí el olor metálico, el olor a hierro de la sangre, como cuando una mujer da a luz, como en el sacrificio de un animal grande, como cuando menstruaba y tenía sueños rojos.

Mi madre puso una almohada en el piso ante los ancestros. “Arrodíllate aquí,” dijo. “Ahora sácate la camisa.” Me arrodillé de espaldas a mis padres para que ninguno de nosotros se sintiera avergonzado. Mi madre me lavó la espalda como si me hubiera ido solo por un día y fuera aún bebé. “Vamos a grabar la venganza en tu espalda,” dijo mi padre. “Escribiremos juramentos y nombres.”

“Dondequiera que vayas, sea lo que sea que te ocurra, la gente sabrá de nuestro sacrificio,” dijo mi madre. “Y nunca olvidarás.” Quería decir que incluso si me mataban, la gente podría usar mi cuerpo muerto como arma, pero no nos gusta hablar en voz alta de la muerte.

Primero mi padre escribió las palabras en tinta, y ellas revolotearon por mi espalda línea a línea. Luego empezó a cortar; para hacer líneas finas y puntos usó plumillas; navajas, para los trazos gruesos.

Mi madre contenía la sangre y enjugaba los cortes con una toalla fría empapada en vino. Dolía terriblemente, cortes agudos; el aire ardiente; el alcohol frío, luego caliente, un dolor tan vario. Me sujeté las rodillas. Las solté. Ni la tensión ni la relajación eran de ayuda. Quería llorar. Si no fuera por los quince años de entrenamiento, me habría retorcido en el piso, me tendrían que haber retenido por la fuerza. La lista de agravios seguía sin parar. Si un enemigo me desollara, la luz brillaría a través de mi piel como si fuera encaje.

Al terminar con la última palabra, caí hacia delante. Juntos mis padres cantaban lo que habían escrito, luego me dejaron descansar. Mi madre me abanicaba la espalda. “Te tendremos con nosotros hasta que se te sane la espalda,” dijo.

Cuando me pude sentar de nuevo, mi madre trajo dos espejos, y me vi la espalda cubierta completamente de palabras en líneas rojas y negras, como un ejército, como mi ejército. Mis padres me cuidaron como si hubiera caído en batalla luego de muchas victorias. Pronto me sentí fuerte de nuevo.

Mientras pulía mi armadura un caballo blanco se detuvo en el patio. Aunque los portones estaban fuertemente cerrados, llegó a través de la puerta de la luna, un majestuoso caballo blanco. Llevaba montura y brida con borlas danzantes, rojas, doradas y negras. La montura era justo a mi medida con tigres y dragones labrados en remolinos. El caballo blanco piafaba el piso urgiéndome a partir. En los cascos de su patas delanteras y traseras llevaba el ideograma “volar”.

Mis padres y yo habíamos esperado tal signo. Le sacamos las alforjas y las llenamos de bálsamos y hierbas, pasto azul para lavarme el cabello, abrigo extra, duraznos desecados. Me dieron a elegir entre palillos de marfil o plata. Tomé los de plata porque eran más livianos. Era como

recibir obsequios de bodas. Los primos y los aldeanos llegaron con brillantes mermeladas de naranja, vestidos de seda, tijeras bordadas de plata. Traían cuencos de porcelana blanca y azul llenos de agua y carpas, los cuencos pintados de carpas, las aletas como fuego naranja. Acepté todos los obsequios, las mesas, las jarras de barro, a pesar de que era imposible que las llevara conmigo, y para el viaje seleccioné un pequeño cuenco de cobre. Podría usarlo para cocinar y comer y no tendría que buscar rocas con forma de cuenco o caparazones de tortuga.

Me vestí con las ropas y la armadura de hombre y até mi pelo a la manera masculina. “Se te ve tan hermosa,” dijo la gente. “Se la ve tan hermosa.”

Un joven se adelantó de entre la multitud. Me pareció familiar, como si fuera el hijo del anciano, o el anciano mismo cuando se lo miraba por el rabillo de los ojos.

“Quiero ir contigo,” dijo.

“Serás el primer soldado de mi ejército,” le dije.

Trepé al lomo del caballo y me maravilló el poder y la altura que me daba. Justo entonces, saliendo al galope de la nada se me acercó un jinete en un caballo negro. Los aldeanos se dispersaron excepto mi único soldado, que permaneció calmo en el camino. Saqué la espada. “¡Espera!” gritó el jinete, elevando las manos desarmadas. “Espera. He viajado hasta aquí para sumarme.”

Entonces los aldeanos me entregaron los verdaderos obsequios: sus hijos. Las familias que habían escondidos a sus jóvenes durante la última conscripción los ofrecían ahora. Me quedé con aquellos prescindibles para las familias y aquellos con fuego de héroe en sus ojos, no con los padres jóvenes y no con aquellos que dejarían corazones rotos al partir.

Estábamos mejor equipados que muchos fundadores de dinastías cuando caminaron al norte para destronar al emperador; habían sido aldeanos como nosotros. Millones de los nuestros habían dejado sus azadones en el piso seco y se habían dirigido al norte. Nos sentamos en los campos, a los que el dragón había quitado la humedad, y afilamos los azadones. Luego, aunque quedara a mil millas, caminamos hacia el palacio. Nos presentaríamos ante el emperador. El emperador, que se sentaba mirando al sur, debió haber sentido mucho temor, campesinos de todas partes caminaban día y noche hacia la capital, hacia Peiping¹. Pero los emperadores de las últimas dinastías no debían estar mirando en la dirección correcta, porque nos habrían visto y evitado esta hambruna. No habríamos tenido que gritar nuestros agravios. Los aldeanos coronarían como emperador a un granjero que conociera la tierra o a un mendigo que comprendiera el hambre.

“Gracias, Madre. Gracias, Padre,” dije antes de partir. Me habían grabado sus nombres y direcciones y yo volvería.

A menudo caminaba junto a mi caballo para viajar delante de mi ejército. Cuando teníamos que impresionar a otros ejércitos, merodeadores, columnas de refugiados entrecruzándose en líneas, pandillas de jóvenes siguiendo a sus maestros de artes marciales, volvía a montar y cabalgaba delante. Los soldados que poseían caballos y armas posarían fieramente a mi izquierda y derecha. Las pequeñas bandas se nos unían, pero a veces ejércitos de igual o mayor poder nos presentaban batalla. Entonces dando un poderoso grito y blandiendo las dos espadas sobre mi cabeza, me lanzaba a la carga contra los líderes; liberaba mi ejército sediento de sangre y mi forzado caballo de guerra. Guiaba el caballo con las rodillas, dejando libres las manos para que las espadas giraran alrededor en círculos verdes y plateados.

Les di inspiración y alimento. Por las noches les entonaba canciones gloriosas que pasaban del cielo a mi cabeza. Cuando abría la boca, las canciones se derramaban y sonaban lo suficientemente fuerte para que todo el campamento las oyera; mi ejército se extendía por una milla.

¹ Pekín o Beijing. [NdelT]

Cosimos banderas rojas y nos atamos retazos rojos en los brazos, las piernas y las colas de los caballos. Llevábamos ropas rojas para que al visitar una aldea, luciéramos tan felices como el día de Año Nuevo. Así la gente querría unírseles. Mi ejército no violaba, solo tomaba comida cuando había en abundancia. Llevábamos el orden a dondequiera que fuéramos.

Luego de triunfar por sobre un considerable número de luchadores, mi ejército creció lo suficiente como para atacar feudos enteros y perseguir a los enemigos que había visto en la calabaza.

Mi primer oponente resultó ser un gigante, mucho más grande que el general de juguete al que solía mirar. Durante la carga, individualicé al líder, que creció a medida que se me acercaba. Nuestros ojos se trabaron hasta que su altura me hizo forzar el cuello para mirar hacia arriba, mi garganta tan vulnerable al golpe del cuchillo que mis ojos descendieron hasta los puntos mortales secretos en su enorme cuerpo. Primero le corté una pierna con un golpe de espada, a la manera en que Chen Luan-feng había cortado la pierna del dios del trueno. Cuando el gigante vino pisoteando hacia mí, le amputé la cabeza. Instantáneamente recuperó su verdadero ser, una serpiente, y se alejó siseando. Ante la sorpresa, los combatientes se quedaron boquiabiertos y la lucha cesó. Habiéndose roto los hechizos del gigante, y viendo sus soldados que habían sido liderados por una serpiente, me dieron su lealtad.

En la quietud después de la batalla elevé la vista a las montañas; quizás el anciano y la anciana estuvieran mirándome y disfrutaran que yo lo supiera. Se reírían al ver la criatura parpadeando desde el fondo de la calabaza. Pero en una cornisa verde por encima del campo de batalla vi llorar a las viudas del gigante. Eran dos hermanas, dos diminutas hadas contra el cielo, viudas de ahora en adelante. Sus largas mangas que habían levantado para enjugarse las lágrimas hacían volar un blanco duelo al viento de la montaña. Luego de un momento, volvieron a sus palanquines y se las llevaron los siervos.

Dirigí el ejército hacia el norte, casi sin desvíos; el emperador mismo envió tras de mí a esos enemigos que yo estaba cazando. A veces nos atacaron por dos o tres flancos; a veces nos emboscaban cuando cabalgaba en la avanzada. Siempre triunfábamos, Kuan Kung, el dios de la guerra y la literatura, cabalgaba delante de mí. Yo misma sería narrada en cuentos de hadas. Oí por casualidad a algunos soldados -y ahora ya había muchos con los que no había entrado en contacto directo- decir que cada vez que estábamos en peligro de perder, yo hacía un gesto de repulsa y el ejército opositor caía, lanzado a través del campo de batalla. Piedras de granizo grandes como cabezas caían desde el cielo y los relámpagos apuñalaban como espadas, pero nunca a los de mi lado. “A los del lado *de él*,” decían ellos. Nunca les dije la verdad. Los chinos ejecutaban a las mujeres que se disfrazaban de soldados y estudiantes, sin importar cuán valientemente lucharan o cuán altas fueran sus calificaciones en los exámenes.

Una mañana de primavera estaba trabajando en mi tienda reparando equipo, remendando ropa, y estudiando los mapas cuando una voz dijo: “¿General, puedo visitarlo en su tienda, por favor?” como si fuera mi propio hogar, no permitía extraños en mi tienda. Y como no tenía familia conmigo, nunca nadie me visitaba allí. Riberas de ríos, montes, cuevas frescas bajo los pinos: China provee a sus soldados de suficientes lugares de encuentro. Abrí la solapa de la tienda. Y allí bajo el sol estaba mi propio marido con los brazos llenos de flores silvestres. “Estás hermosa,” dijo, con sinceridad. “Te he buscado por todas partes. Te he estado buscando desde el día en que el ave se fue volando contigo.” Estábamos tan contentos, el amigo de infancia encontrado al fin, el amigo de infancia misteriosamente adulto. “Te seguí, pero pasaste rozando las rocas hasta que te perdí.”

“Yo también te busqué,” dije, la tienda ahora acogedora alrededor nuestro como la casa secreta de cuando éramos pequeños. “Siempre que oía acerca de un buen luchador, iba a ver si eras tú,” dije. “Vi que me desposaste. Estoy contenta de que te casaras conmigo.”

Lloró cuando me quité la camisa y vio las palabras cicatrizadas en mi espalda. Soltó mi pelo y cubrió las palabras con él. Me volví y toqué su rostro, amando su familiaridad.

Así que por un tiempo tuve un compañero; mi esposo y yo, soldados juntos, como cuando éramos pequeños soldados jugando en la aldea. Montábamos lado a lado en la batalla. Al quedar embarazada, durante los últimos cuatro meses, usé la armadura arreglada para que pareciera un hombre grande y poderoso. Como un gordo, caminé con los soldados a pie para no sacudir la gestación. Por cierto, cuando estaba desnuda, era un ser humano extraño: las palabras grabadas en mi espalda y adelante el bebé grande.

Me oculté de la batalla solo una vez, cuando di a luz a nuestro bebé. En oscuros y plateados sueños lo había visto caer del cielo, cada noche más cerca de la tierra, su alma una estrella. Justo antes de que empezara el trabajo de parto, los últimos rayos se hundieron en mi vientre. Mi marido me hablaba y no se iba, aunque le dije que volviera al campo de batalla. Tomó el bebé, un niño, y lo puso en mi pecho. “¿Qué vamos a hacer con esto?,” preguntó, sosteniendo el cordón umbilical.

“Atémoslo a un asta para que se seque,” dije. Ambos habíamos visto las cajas donde nuestros padres guardaban los cordones secos de todos sus hijos. “Este es el tuyo, y este el tuyo,” nos decía mi madre a hermanos y hermanas, y nos hacía sentir reverencia el que se acordara.

Hicimos un cabestrillo para el bebé dentro de mi armadura, y volvimos cabalgando a lo más denso de la lucha. El cordón umbilical ondeaba con la bandera roja y nos hacía reír. Por las noches en la tienda, dejaba que el bebé se subiera a mi espalda. El cabestrillo estaba hecho de satén rojo y seda púrpura; las cuatro tiras estampadas atadas a través de mi pecho, y alrededor de la cintura terminaba en bolsillos de ama de casa forrados con una moneda, una semilla, una nuez y una hoja de junípero. En la parte trasera del cabestrillo había cosido un diminuto triángulo tejido, rojo en el centro con zonas de verde, y el bebé se calentaba junto a mi cuerpo, su corazón latiéndole como el mío.

Cuando el bebé tuvo un mes, le pusimos un nombre y le afeitamos la cabeza. Para la ceremonia que duró todo el mes mi esposo había encontrado dos huevos, que teñimos de rojo hirviéndolos con la bandera. Pelé uno y lo hice rodar por la cabeza del bebé, sus ojos, sus labios, la protuberancia de su naricita, las mejillas, su querida cabeza pelada y la fontanela. Había traído pellejo de uvas desecado en mi alforja, y también hervimos eso. Nos lavamos la cabeza y las manos en el agua de uvas, dando toquecitos en la frente y las manos del bebé. Luego le di a mi esposo el bebé y le dije que lo llevara con su familia, y le di todo el dinero que había tomado en las incursiones para que se lo llevara a mi familia. “Ahora vete,” le dije, “antes que sea lo suficientemente grande para reconocerme.” Mientras tenga los ojos nublados y los pequeños puños se cierren fuertes como capullos, enviaré a mi bebé lejos de mí. Arreglé mi ropa y me volví de nuevo un hombre delgado. Ahora me sentía tan sola en la tienda vacía que dormía afuera.

Mi caballo blanco daba vuelta los baldes y bailaba sobre ellos; levantaba copas llenas de vino con los dientes. Los soldados fuertes levantaban al caballo en una cuba de madera mientras bailaba al sonido de los tambores de piedra y la música de las flautas. Yo jugaba con los soldados arrojando flechas a una jarra de bronce. Pero esas travesuras no me divertían tanto como cuando partí al camino por primera vez.

Fue durante esta temporada solitaria, en que cualquier lloro me derramaba la leche de los senos, que me volví descuidada. Las flores silvestres me distraían tanto que las seguía, recogiendo una, luego otra, hasta que me quedaba sola en el bosque. Desde detrás de los árboles, saltando de las ramas llegó el enemigo, apareciendo su líder como un genio en la calabaza. Los golpeé con puños y pies, pero eran tantos que me sujetaron a tierra mientras su líder sacaba la espada. Se me disparó el miedo: una espada veloz y puntiaguda que tajeaba con fiereza, rayos plateados, cortes rápidos dondequiera que ponía la atención. El líder se fijó en la espada palpable silbando libre en el ataque a sus hombres, luego se rió. Como si su risa produjera la señal, dos espadas más aparecieron en medio del aire. Resonaron contra la mía, y sentí vibrar el metal en mi cerebro. Urgí mi espada a responder el golpe y a ir contra la cabeza que controlaba las otras espadas. Pero el hombre peleaba bien, dañándome el cerebro. Las espadas se abrían y cerraban, como tijeras enloquecidas, metal silbando

contra metal. Incapaz de dejar que mi espada celeste trabajara por sí misma, observé las espadas moverse como títeres mientras el genio me jaló del pelo y sostuvo una daga contra mi cuello. “¡Ajá!,” dijo. “¿Qué tenemos aquí?”. Me sacó la bolsa de abalorios de la camisa y cortó el cordel. Aferre su brazo, pero una de las espadas se zambulló hacia mí, y salí rodando del camino. Un caballo salió galopando y él lo montó, escapándose al bosque con los abalorios en el puño. Sus espadas me persiguieron luchando hasta que lo oí gritar: “Aquí estoy” y volaron a reunirse con él. Es así que había luchado con el príncipe que había mezclado la sangre de sus dos hijos con el metal usado para forjar sus espadas.

Corrí a reunirme con mis soldados y dispuse a los jinetes más rápidos en pos de la persecución. Nuestros caballos corrían como pequeños hipocampos en la espuma de las olas. A través del llano pude ver al enemigo, un remolino de polvo de prisa hacia el horizonte. Tratando de ver, enfoqué los ojos como me habían enseñado las águilas, y ahí estaba el genio, sacando los abalorios de la bolsa y arrojándonoslos. Nada ocurrió. Ni un trueno, ni un terremoto que partiera la tierra, ni piedras de granizo grandes como cabezas.

“¡Deténganse!,” les ordené a mis jinetes. “Los caballos están exhaustos, y no quiero continuar la persecución más lejos hacia el sur.” El resto de las victorias las lograría sola, lenta y sin atajos.

Me paré en la cima de la última colina antes de Peiping y vi cómo los caminos debajo fluían como ríos vivos. Entre los caminos, se movían también los bosques y los llanos; el terreno estaba lleno de gente; el pueblo Han, el Pueblo de los Cien Apellidos, marchaba con el corazón al unísono, con los girones al vuelo. Conocí la profundidad y la anchura del Gozo: la población china. Luego de tantas penurias algunos de nuestros millones habían llegado a la capital. Nos enfrentamos al emperador. Lo decapitamos, limpiamos el palacio, e investimos al campesino que iniciaría el nuevo orden. Se sentó en el trono en sus harapos mirando al sur, y nosotros, una gran multitud roja, nos inclinamos tres veces. A algunos nos encomendó que fuéramos sus primeros generales.

Le dije a la gente que me había acompañado que ahora eran libres de volver a sus hogares, pero ya que la Gran Muralla se encontraba tan cerca, iría a verla. Podrían acompañarme si lo deseaban. Así, resistiéndonos a desbandarnos después de aventuras tan elevadas, llegamos a la frontera norte del mundo, persiguiendo a los mongoles que estaban de paso.

Toqué la Gran Muralla con mis propios dedos, pasando el filo de la mano entre las piedras, examinando las muescas que las manos de los constructores habían hecho. Apoyamos la frente y la mejilla contra la Gran Muralla y lloramos como aquellas mujeres que habían venido aquí en busca de los hombres que construyeron el muro por tanto tiempo. En mis viajes al norte, no había encontrado a mi hermano.

Portando las noticias acerca del nuevo emperador, volví a casa, donde me esperaban más batallas. El barón que había reclutado a mi hermano aún ejercía dominio sobre la aldea. Habiéndome despedido de mis soldados en cruces y puentes, atacé la fortaleza del barón sola. Salté por encima de los muros dobles y aterricé con las espadas desenvainadas y las rodillas en flexión, lista a abalanzarme. Nadie me abordó, envainé las espadas y caminé como un invitado hasta encontrar al barón. Estaba contando el dinero, con los dedos gordos y enojados jugando con el ábaco.

“¿Quién eres? ¿Qué quieres?,” dijo, rodeando las ganancias con los brazos. Se sentaba robusto y gordo como un dios.

“Quiero tu vida en pago por tus crímenes contra los aldeanos.”

“No te he hecho nada a ti. Todo esto es mío. Me lo gané. No te lo robé. Nunca te he visto antes en mi vida. ¿Quién eres?”

“Soy la vengadora.”

Luego, el cielo me salve, trató de ser encantador, de apelar a mí de hombre a hombre. “Oh, vamos. Todos toman las mujeres que pueden. Las familias se alegran de sacárselas de encima. ‘Las niñas son como los gusanos del arroz.’ ‘Es más rentable engordar gansos que hijas.’” Me citó los refranes que yo odiaba.

“¡Arrepiéntete de lo que has hecho antes de que te mate,” dije.

“No he hecho nada que otro hombre, incluso tú, no hubiera hecho en mi lugar.”

“Te llevaste a mi hermano.”

“Libero a mis aprendices.”

“No era un aprendiz.”

“China necesita soldados en tiempos de guerra.”

“Me quitaste la infancia.”

“No sé de qué estás hablando. No nos conocemos. Nada te he hecho a ti.”

“Has hecho esto,” dije, y me arranqué la camisa para mostrarle la espalda. “Eres responsable de esto.” Al verle los ojos sorprendidos ante mis pechos, le tajeé el rostro y al segundo golpe le corté la cabeza.

Me puse la camisa y abrí la casa a los aldeanos. La familia y los sirvientes del barón se ocultaron en los armarios y bajo las camas. Los aldeanos los sacaron arrastrando al patio, donde a continuación los pasaron por la guillotina. “¿Robaste mis cosechas de modo que mis hijos tuvieron que comer pasto?,” preguntó un granjero llorando.

“Lo vi robando las semillas,” testificó otro.

“Mi familia se ocultaba bajo la paja del techo cuando los bandidos robaron en nuestra casa, y vimos a este sacarse la máscara.” Perdonaron a aquellos que mostraban pruebas de poder reformarse. Decapitaron a los otros. Colocaron sus cuellos en la máquina que lentamente se cerró. A último momento se indultó a un guardaespaldas cuando un testigo gritó su testimonio justo cuando el aparato empezaba a cortar. El guardia recientemente se había unido al personal a cambio de un niño rehén. La muerte lenta le da tiempo al criminal de lamentar sus crímenes y pensar las palabras adecuadas para probar que puede cambiar. Registré la casa, cazando gente para el juicio. Llegué a una habitación vacía. Cuando irrumpí, encontré mujeres acurrucadas de miedo y sollozantes. Oí como insectos chillando y correteando. Pestañeaban débilmente como faisanes que han sido criados en la oscuridad para suavizar la carne. Los sirvientes que ayudaban a caminar a las damas las habían abandonado, y no podían escapar con sus pequeños pies. Algunas se arrastraban alejándose de mí, usando los codos para empujarse. Estas mujeres no servirían para nada. Llamé a los aldeanos para que identificaran entre ellas a las hijas que quisieran llevarse a casa, pero nadie hizo reclamo. A cada una le di un saco lleno de arroz para que se sentaran en él. Los llevaron rodando hasta el camino. Se alejaron como fantasmas. El comentario posterior fue que se transformaron en una banda de espadachinas constituyendo un ejército mercenario. No usaban ropas masculinas como yo, sino que cabalgaban como mujeres vestidas de negro y rojo. Compraban niñas bebés de modo que muchas familias pobres daban la bienvenida a sus visitas. Cuando las esclavas y las nueras huían, la gente decía que se habían unidos a estas brujas Amazonas. Mataban hombres y niños. Yo nunca me encontré con mujeres así y no podría dar testimonio de su realidad.

Luego de los juicios destruimos las mesas ancestrales. “Usaremos esta gran sala para las reuniones de la aldea,” anuncié. “Aquí presentaremos óperas; cantaremos juntos y contaremos historias.” Lavamos el patio; exorcizamos la casa con humo y papel rojo. “Este es un año nuevo,” le dije a la gente, “el año uno.”

Volví a la casa de mis suegros, a mi esposo e hijo. Mi hijo me miró fijo, muy impresionado por el general que había visto en el desfile, pero su padre dijo: “Esta es tu madre. Ve con tu madre.”

Mi hijo estaba encantado de que el brillante general fuera su madre también. Ella le regaló su casco y sus espadas.

Vestida con mi tapado de bodas bordado, me arrodillé a los pies de mis suegros, como lo habría hecho en tanto novia. “Ahora han concluido mis tareas públicas,” dije. “Me quedaré con ustedes, haciendo las tareas del campo y la casa, y dándoles más varones.”

“Primero ve a visitar a tu madre y tu padre,” dijo mi suegra, una mujer generosa. “Quieren darte la bienvenida.”

Mi madre y mi padre y el clan completo vivirían con felicidad del dinero que les había enviado. Mis padres se habían comprado ataúdes. Sacrificarían un cerdo a los dioses por mi regreso. Con las palabras en mi espalda, y cómo se habían cumplido, los aldeanos harían una leyenda acerca de mi perfecta filialidad.

Mi vida estadounidense había sido una decepción.

“Mamá, saqué todos diez.”

“Déjame contarte una historia verdadera de una niña que salvó a su aldea.”

No podía hacerme idea de cuál era mi aldea. Y era importante que yo hiciera algo grande y magnífico; si no, cuando volviéramos a China mis padres me venderían. En China había soluciones para qué hacer con la niñas que se comían la comida y hacían berrinches. No se pueden comer los diez.

Cuando uno de mis padres o los aldeanos emigrantes decían: “Alimentar niñas es como alimentar pájaros,” yo me tiraba al piso y gritaba tan fuerte que no podía hablar. No podía detenerme.

“¿Qué le pasa a esa?”

“No lo sé. Está mal, supongo. Ya sabes cómo son las niñas. No se gana nada con criar niñas. Es mejor criar gansos que hijas.”

“Si fuera mía, la castigaría. Pero es inútil perder el tiempo disciplinando a una niña. ‘Cuando se crían niñas, las está criando para extraños.’”

“¡Deja de llorar!,” chillaba mi madre. “Te voy a pegar si no paras. ¡Mala niña! ¡Basta!” Nunca voy a pegar o reprender a mis hijas por llorar, pensé, porque entonces van a llorar más.

“No soy una mala niña,” gritaba. “No soy una mala niña. No soy una mala niña.” Sería lo mismo que decir: “No soy una niña.”

“Cuando eras pequeña, lo único que decías era: ‘No soy una niña mala,’ y te ponías a llorar,” dice mi madre, narrando acerca de mi infancia.

Me molestaba que los aldeanos emigrantes sacudieran la cabeza al vernos a mí y mi hermana. “Una niña, y otra niña,” decían, y hacían sentir vergüenza a mis padres al sacarnos juntas. Lo bueno de tener hermanos varones era que la gente dejaba de decir: “Todas niñas,” pero me enteré de otros agravios. “Cuando *yo* nací, ¿pasaron un huevo por *mi* rostro?” “¿Hicieron una fiesta de todo un mes por *mí*?” “¿Encendieron todas las luces?” “¿Le enviaron *mi* foto a la abuela?” “¿Por qué no? Porque soy niña? ¿Es esa la razón?” “¿Por qué no me enseñaron inglés?” “¿Les gusta que me peguen en la escuela, no?”

“Es muy mala, ¿no es cierto?,” decían los aldeanos emigrantes.

“Vamos, niños. Apúrense. Apúrense. ¿Quién quiere salir con el tío abuelo?” Los sábados a la mañana mi tío abuelo, ex pirata de río, hacía las compras. “Los que vengan, abríguense.”

“Yo voy. Yo voy. Espérenme.”

Cuando oía voces de niñas, se daba vuelta y rugía: “¡Las niñas no!” y nos dejaba a mis hermanas y a mí volviendo a colgar los sacos, sin mirarnos unas a otras. Los chicos volvían con caramelos y juguetes nuevos. Cada vez que caminaran por Chinatown, la gente debe haber dicho: “¡Un niño, y otro niño, y otro niño!”. En el funeral de mi tío abuelo secretamente saboreé el sentimiento de que estuviera muerto, toda esa masculinidad barbada de seis pies.

Me fui a la universidad, Berkeley en los sesenta, y estudié, y marché a cambiar el mundo, pero no me convertí en niño. Me habría gustado volver como niño para que mis padres me dieran la bienvenida con pollos y cerdos. Así fue para mi hermano, que volvió vivo de Vietnam.

Si me fuera a Vietnam, no volvería; las mujeres abandonan sus familias. Se decía: “Las mujeres tienden a irse,” lo cual significaba que obtenía los diez por el bien de la familia de mi futuro esposo, y no por mí. Nunca planeé tener marido. Les mostraría a mi madre y mi padre y a los entremetidos aldeanos emigrantes que las niñas no tienen ninguna tendencia a irse. Dejé de sacarme diez.

Y todo el tiempo tuve que hacerme femenina al estilo estadounidense, sino, no habría citas.

Hay una palabra en chino para el yo femenino, y es “esclava.” ¡Hay que domar a las mujeres con su propia lengua!

Me negaba a cocinar. Cuando tenía que lavar los platos, rompía uno o dos. “Mala niña,” chillaba mi madre, y a veces eso me hacía regodearme en vez de llorar. ¿No es una mala niña casi un niño?

“¿Qué quieres ser cuando seas grande, pequeña?”

“Un leñador en Oregón.”

Incluso ahora, a no ser que esté feliz, cuando cocino dejo que la comida se queme. No le doy de comer a la gente. Dejo que los platos sucios se pudran. Como en las mesas de otra gente, pero no los invito a la mía, en la que los platos se pudren.

Si pudiera no comer, quizás me podría transformar en una guerrera como la espadachín que me motiva. Me voy a levantar –debo hacerlo– y arar los campos tan pronto como salga el bebé.

Una vez que salga de la casa, ¿qué ave podría llamarme?; ¿en qué caballo podría alejarme? El matrimonio y los hijos fortalecen la espadachín, que no es virgen como Juana de Arco. Haz el trabajo de una mujer; luego haz más trabajo, que será solo tuyo. Ningún esposo me dirá: “Podría haber sido baterista, pero tuve que pensar en mi esposa e hijos. Ya sabes cómo es.” Nadie me sostiene a expensas de su propia aventura. Luego me siento amargada: nadie me sostiene; no me aman lo suficiente para sostenerme. El hecho de que no soy una carga tiene que ser una compensación por la triste envidia que siento cuando miro a aquellas mujeres que son amadas lo suficiente como para ser sostenidas. Incluso ahora China se ata doblemente a mis pies.

Cuando la renovación urbana tiró abajo la lavandería de mis padres y pavimentó el barrio para hacer un estacionamiento, solo fantaseé con pistolas y cuchillos y no hice nada útil.

De los cuentos de hadas he aprendido exactamente quiénes son el enemigo. Los reconozco con facilidad: vestidos de traje a la manera de los ejecutivos modernos estadounidenses, cada jefe dos pies más alto que yo, e imposible de mirarlos cara a cara.

Una vez trabajé para una empresa de suministros de arte que vendía colores a los artistas. “Encargue más de ese amarillo *nigger*,” me dijo el jefe. “Brillante, como amarillo *nigger*.”

“No me gusta esa palabra,” tuve que decir en mi mala voz pequeña que no produce ningún impacto. El jefe nunca se dignó a contestarme.

También trabajé en una asociación de desarrolladores inmobiliarios. La industria de la construcción estaba planeando un banquete para los contratistas, los negociantes de bienes raíces, y los editores. “Sabía que al restaurante que eligió para el banquete le están haciendo un piquete la CORE y la NAACP?²,” chillé.

“Por supuesto que lo sé.” El jefe se rió. “Es por eso que lo elegí.”

“Me niego a tipiar las invitaciones,” susurré, con falta de confianza en la voz.

Se recostó en su sillón de cuero, con su opulento estómago de jefe. Levantó el calendario y lentamente hizo un círculo en una fecha. “Se te pagará hasta este día,” dijo. “Te enviaremos el cheque por correo.”

Si tomara la espada, que mi odio seguramente debe haber forjado con aire, y lo destripa, pondría color y arrugas en su camisa.

No son solo los estúpidos racistas con quienes tengo que lidiar, sino los tiranos que por cualquier razón pueden negarle a mi familia comida y empleo. Mi trabajo es mi único país.

Para vengar mi familia, tendría que marchar como una tormenta a través de China y arrebatarnos nuestra granja a los comunistas; tendría que marchar enfurecida a través de los Estados Unidos para recuperar las lavanderías en Nueva York y California. Nadie en la historia ha conquistado y unido a América y Asia. Como descendiente de los ochenta luchadores de bastón, debería ser capaz de partir confiada, marchar por la calle, e irme ahora mismo. Hay trabajo que hacer, terreno que cubrir. Seguramente, los ochenta luchadores de bastón, aunque invisibles, me seguirían, me guiarían y protegerían, como es la costumbre de los ancestros.

O bien puede ser que estén descansando felizmente en China, sus espíritus dispersos entre los chinos reales, y no codeándome con sus bastones. No debo sentirme mal por no haberlo hecho tan bien como la espadachín; después de todo, no me llamó ningún ave, ni fueron mis tutores unos ancianos sabios. No tengo abalorios mágicos, ni calabazas, ni conejos que salten al fuego cuando tengo hambre. Me disgustan los ejércitos.

He buscado el ave. He visto nubes con formas de alas de ángeles pasando al atardecer, pero se deshacían en nubes. Una vez en la playa, luego de una larga caminata, vi una gaviota, diminuta como un insecto. Pero cuando me sobresalté ante ese milagro, antes de encontrar las palabras con qué expresarlo, me di cuenta de que el ave era como un insecto porque estaba muy lejos. Momentáneamente mi cerebro perdió su capacidad de percibir en profundidad. Estaba ansiosa por encontrar un ave inusual.

Las noticias de China han sido confusas. También tienen algo que ver con aves. Tenía nueve años cuando las cartas hacían llorar a mis padres, que son como de roca. Mi padre gritaba en sueños. Mi madre sollozaba y estrujaba las cartas. Las quemaba una a una en el cenicero, pero todos los días llegaban cartas nuevas. Las únicas que abrían sin temor eran las que tenían bordes rojos, cartas festivas que no deben portar malas noticias. Las otras decían que mis tíos habían sido obligados a arrodillarse sobre vidrios rotos durante sus juicios y que habían confesado ser

² El *Congreso de Igualdad Racial* (**CORE: Congress of Racial Equality**) es una organización afroamericana de derechos civiles en los Estados Unidos que desempeñó un papel fundamental para los afroamericanos en el Movimiento por los Derechos Civiles. Fundada en 1942, su misión declarada es “lograr la igualdad para todas las personas independientemente de su raza, credo, sexo, edad, discapacidad, orientación sexual, religión o origen étnico”. La *Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color* (**NAACP: National Association for the Advancement of Colored People**) es una organización birracial de derechos civiles en los Estados Unidos formada en 1909 para promover la justicia para los afroamericanos. Su misión en el siglo XXI es “garantizar la igualdad de los derechos políticos, educativos, sociales y económicos de todas las personas y eliminar la discriminación racial”. [NdeIT]

terratenientes. Los habían ejecutado a todos, y la tía a la que le quebraron los dedos se suicidó ahogándose. Otras tías, suegras, y primas desaparecieron; algunas comenzaron de repente a escribirnos de nuevo desde las comunas o desde Hong Kong. Se la pasaban pidiendo dinero. Decían que a las que estaban en las comunas les daban cuatro onzas de grasa y una taza de aceite por semana y tenían que trabajar de 4 A.M a 9 P.M. Tuvieron que aprender a danzar con pañuelos rojos; tenían que cantar sílabas sin sentido. Los comunistas les daban hachas a las ancianas y les decían: “Ve a matarte. No sirves para nada.” Nuestros parientes decían que si los chinos del otro lado del mar enviábamos dinero al banco comunista podían quedarse con un porcentaje para ellos mismos. Las tías en Hong Kong pedían que enviáramos dinero cuanto antes; sus hijos mendigaban en las calles, y la gente mezquina les echaba barro en los cuencos.

Cuando sueño que soy alambre sin carne, hay una carta en papel azul de correo aéreo que flota por encima del océano nocturno entre aquí y China. Debe llegar a salvo o si no, mi abuela y yo perderemos contacto.

Enviarán dinero o no, mis padres se sentían mal. A veces se enojaban con sus hermanos y hermanas por pedirlo. Y no solo pedían sino que también contaban historias. Los revolucionarios habían confiscado el negocio, la casa y las tierras de nuestros cuartos tíos. Atacaron la casa y mataron al abuelo y su hija mayor. La abuela escapó con el dinero en efectivo y no regresó con ayuda. La cuarta tía tomó a sus hijos, uno en cada brazo, y los escondió en la pocilga, donde durmieron esa noche vestidos de algodón. Al día siguiente encontró a su esposo, que se había escapado de milagro. Ambos recogieron ramitas y batatas para vender mientras los hijos mendigaban. Todas las mañanas se ataban los haces de leña a la espalda. Nadie les compraba. Se comían las batatas y algo del arroz de los niños. Finalmente la tía cuarta se dio cuenta de qué estaban haciendo mal. “Tenemos que gritar ‘Combustible a la venta’ y ‘Batatas a la venta,’ dijo. “No podemos simplemente caminar discretamente a lo largo de la calle.” “Tienes razón,” dijo mi tío, pero era tímido y caminaba detrás de ella. “Grita,” le ordenaba mi tía, pero él no podía. “Creen que llevamos las ramas a casa para hacer nuestro propio fuego,” dijo ella. “Grita.” Caminaban miserablemente y en silencio hasta la puesta del sol, incapaces de anunciarse. La tía cuarta, huérfana desde los diez, mezquina como madre, arrojaba el atado al suelo y regañaba al tío cuarto, “Muriéndose de hambre, su esposa e hijos se mueren de hambre, y él es tan malditamente tímido que no puede levantar la voz.” Lo dejó parado, solo y temeroso de volver con las manos vacías. Él se sentó bajo un árbol a pensar, y vio un par de palomas en su nido. Dejando el saco de batatas, se trepó y agarró los pájaros. Allí fue cuando lo atraparon los comunistas, en el árbol. Lo criticaron por conseguir egoístamente comida para su propia familia y lo mataron, dejando su cuerpo en el árbol como ejemplo. Se llevaron los pájaros a la cocina de la comuna para ser compartidos.

Todas las luchas y matanzas que he visto no han sido gloriosas sino cochinas. Luché sobre todo durante la escuela secundaria y siempre lloraba. Las peleas son confusas acerca de quién gana. Los cadáveres que he visto fueron amontonados, tristes cuerpecitos sucios cubiertos con la manta caqui de la policía. Mi madre nos encerraba en la casa para que no viéramos la gente muerta. Pero cuando me enteraba de un cadáver, encontraba la manera de salir; tenía que aprender acerca de la muerte si quería transformarme en una espadachín. Una vez apareció un asiático apuñalado en nuestra puerta, con palabras escritas en un trapo prendido con un alfiler a la ropa. Cuando llegó la policía haciendo preguntas, mi padre dijo: “No leer japonés. Palabras japonesas. Yo Chino.”

Busqué ancianos que pudieran ser mis gurús. Una medium pelirroja me dijo que una niña que murió en un lejano país me sigue a dondequiera que vaya. Me dijo que este espíritu puede ayudarme si reconozco su presencia. En mi palma derecha, dijo, entre la línea de la cabeza y la del corazón tengo la cruz mística. Podría volverme yo misma una medium. No quiero ser una medium. No quiero ser una maniática que acepte “ofrendas” en una bandeja de mimbre de parte de una audiencia atemorizada, que, uno tras otro, le pregunten a los espíritus cómo aumentar sus ganancias, cómo curarse la toz y las enfermedades de la piel, cómo conseguir trabajo. Y las artes marciales son para niñitos inseguros dando patadas bajo las luces fluorescentes.

Ahora vivo entre chinos y japoneses, pero no hay emigrantes de mi aldea que me miren como si les hubiese fallado. Vivir entre emigrantes de la propia aldea puede darle a un buen chino lejos de China gloria y un lugar. “Ese ayudante de camarero es realmente un espadachín,” susurramos cuando lo vemos pasar, “Es un espadachín que ha matado a cincuenta. Tiene un hacha en su armario.” Pero yo soy inútil, otra niña más que no se puede vender. Cuando visito a mi familia ahora, me envuelvo en mis éxitos estadounidenses como si fuera un chal privado; ahora *soy* digna de comer la comida. Desde la distancia puedo creer que mi familia fundamentalmente me ama. Solo dicen: “cuando pesques tesoros en la inundación, ten cuidado de no atrapar niñas,” porque eso es lo que se dice de las hijas. Pero vi salir esas palabras de las propias bocas de mi madre y de mi padre; y vi sus dibujos a tinta de gente pobre usando ganchos largos para extraer del agua cosas que perdieron sus vecinos, pero que empujan las niñas corriente abajo. Y tuve que apartarme del espectro del odio. Leí en un libro de antropología que los chinos dicen: “las niñas son también necesarias;” no he oído nunca a los chinos que conozco hacer esa concesión. Quizás era un dicho de otra aldea. Me niego a arrastrar mi vergüenza a través de Chinatown, que me sobrecarga con los viejos dichos y los relatos.

La espadachín y yo no somos tan disímiles. Ojalá mi gente comprenda el parecido pronto así puedo volver con ellos. Lo que tenemos en común son las palabras grabadas en la espalda. Las expresiones para *venganza* son “denunciar un crimen” e “informar a cinco familias.” La denuncia es la venganza; no la decapitación, no el destripamiento, sino las palabras. Y tengo tantas palabras, palabras de “china” y de “amarilla”³ también, que no se acomodan a mi piel.

³ ‘Chink’ y ‘gook’, respectivamente, dos términos despectivos e insultantes para referirse a los asiáticos en inglés.

Mu Lan, la guerrera⁴

Mu Lan es la legendaria “guerrera” de China, heroína de una balada folclórica en la cual una joven valiente toma el lugar de su anciano padre disfrazándose ella misma de hombre.

Su historia fue poco conocida en Occidente hasta 1998, cuando la compañía Walt Disney puso su impresionante poder cultural detrás de un “éxito de verano”, el largometraje, *Mu Lan*, con Lea Salonga y Donny Osmond cantando canciones de Stevie Wonder sobre Mu Lan, y Eddie Murphy haciendo la voz de un cómico compañero dragón, “Mushu”. Cuando se estrenó la película, hubo Mu Lan Happy Meals en McDonald’s, Nancy Kwan patinando sobre hielo en la televisión en un especial de Mu Lan, y tres páginas de muñecos de peluche Mu Lan en el catálogo de Disney.

Según plantea la escritora Amy Ling:

“Mu Lan es conocida también como Fa Mu Lan o Hua Mu Lan. Tanto Hua como Fa significan “flor” y Mu Lan, “magnolia”. Esta balada es tradicionalmente cantada por las madres a sus hijos. Cuando el emperador va a la guerra contra los invasores del norte, los Hu, recluta a un hijo de cada familia. La familia de Mu Lan no tiene un hijo lo suficientemente grande como para ser reclutado, por tanto pretenden llevarse a su anciano padre. Mu Lan se disfraza de hombre y toma su lugar.”

“El nuevo ejército ataca a los Hu, en la fortaleza nevada de la montaña Yen. Mu Lan lucha por más de una década sin ser descubierta, y con tanta valentía que el emperador mismo, otorgándole medallas, títulos y tierras luego de la guerra, le ofrece nombrarla su Ministro de Estado. Ella solo pide volver a su hogar. Allí, reabre el ala de su casa que había estado sellada por diez años, se viste de mujer de nuevo, sorprendiendo a sus viejos camaradas en armas.

“Los occidentales quizás comparan demasiado automáticamente a Hua Mu Lan con Juana de Arco, aunque en el sentido más profundo, sus acciones son tan pías como las de Juana. Pero la religión de Mu Lan es el confucionismo: ella no escucha la voz de Dios, sino la de su conciencia, que le exige este deber amoroso con respecto a su padre. La Mu Lan de la balada está ansiosa por retomar su condición de mujer, esposa y madre, y es un modelo de deber familiar. De hecho, el poema se basa en su sorprendente capacidad de volver sin esfuerzo a la femineidad, los adornos en su vestido, etc. Juana de Arco se revela en el campo de batalla, y es imposible imaginar su deseo de volver a su vida aldeana. Aunque se le ofrece un ministerio de gobierno, Mu Lan solo pide un camello para volver a su hogar. A pesar de que en las versiones modernas se tiende a presentar al servicio de Mu Lan como un logro feminista, en la balada china se ve la guerra como una catástrofe tanto para hombre y mujeres como para soldados y generales por igual. Los largos años de Mu Lan en el ejército son presentados solamente como un terrible sacrificio para salvar a su padre y ella reasume su vida pacífica previa con alivio.

“Existen pocos reportes históricos de mujeres disfrazadas de hombre para luchar. Comúnmente, no se entrenaba a las mujeres en artes marciales, ni eran educadas en ninguna profesión. Hay historias de mujeres que se disfrazan de hombre para poder lograr su educación.”

La balada se titula “El adiós a Mu Lan” (“*Mu Lan’s Farewell*”). La traducción al inglés es de George y Simei Leonard a partir del texto chino publicado en *Selected Chinese Poems*, ed. Ch’en Hui-Wen (Taipei, Hua Lien Publishing Co. 1968). Ellos consignan que “esta es la más conocida de muchas versiones de la historia de Mu Lan, fechada al menos hasta la Dinastía Tang (618-907 AD). Incluso en la época anticonfucionista del maoísmo, los niños tenían que aprenderse de memoria en libros de lectura para quinto grado y recitarla juntos en clase.

“¿Qué antigüedad tiene ‘El adiós a Mu Lan’? El poema muestra al emperador sentado en el ‘Ming tang’ o ‘Salón de Ming’ pero el término no es una referencia a la dinastía Ming (1268-1644

⁴ Tomado de George J. Leonard, Ph.D. Professor of Interdisciplinary Humanities. San Francisco State University. <http://www.georgeleonard.com/articles/mu-lan-the-woman-warrior.htm>. Traducción de Gabriel Matelo.

AD). La palabra ‘Ming’ significa ‘brillante’ o incluso ‘espléndido’ y el término ‘Ming tang’ se refiere al Salón del Esplendor en el cual los rituales imperiales eran llevados a cabo y aparece ya en la dinastía Zhou (fundada en 1111 BC)

“Tampoco la invasión de los Hu es una pista. Estos son descriptos como una tribu de jinetes del norte y tales tribus permanentemente amenazaban China. La Gran Muralla, que se extiende a lo largo de las cumbres de las montañas de este a oeste, fue construida como baluarte para detener a las tribus norteadas en el año 200 antes de Cristo. El término “Hu” equivale más al modo en que los griegos utilizaban “bárbaro”. En China se denominaba a los bárbaros norteados con este término y todas las dinastías desde la Han (206 antes de Cristo-265 era cristiana) lo usaron para todos los enemigos bárbaros norteados.

“La mejor pista para la edad del poema es que si bien la versión aquí consignada se refiere al emperador como “Hijo del Cielo”, una designación estándar, también se lo llama, dos veces, “el Khan”. Ya que nadie excepto los mongoles de la dinastía Yuan (circa 1206-1368 AD) hubiera usado este término para el emperador, esta versión no debería ser anterior al año 1206 y probablemente fue escrita en esos años.

“El original en chino carece de rimas, pero sí ritmos. “Poesía folclórica” no significa “poesía de aficionados”. Obsérvese las construcciones paralelas sofisticadas, en las cuales el verso B repita el patrón del verso A, pero en contraste: los lamentos de los padres de Mu Lan son reemplazados por el sonido aterrador de los caballos enemigos. El poeta (en aquella sociedad, casi seguro un hombre) mueve la historia con rapidez, con saltos sorprendentes, apelando de manera impresionista a muchos de los sentidos. Se atreve a comenzar con un efecto de sonido, luego, se posiciona fuera de la casa de Mu Lan para observarla. Los suspiros de Mu Lan ahogan el ruido de la rueca. La final del poema, al regresar ella victoriosa, nos ubicamos de nuevo fuera de su casa, observando a su hermana mayor maquillándose de rojo en honor a Mu Lan. El poeta bosqueja los años de batalla en las montañas con unos pocos detalles agudos que unen el sonido, la visión y el tacto a través de las sensaciones provocadas por el frío viento de la montaña. El poeta no se detiene en el fervor patriótico o la indignación moral en contra del enemigo, acepta meramente la guerra como un trabajo que alguien tiene que llevar a cabo. Mucha gente muere, si se logra volver vivo se es recompensado, pero lo que más se ansía es terminarlo y retomar la vida donde se la dejó.

“(…) la parábola de los conejos al final propone la moraleja. En tiempos normales se puede diferenciar el conejo macho de la hembra por su comportamiento. Pero en crisis, cuando se huye corriendo, no se sabe cuál es cuál. La hembra corre de la misma manera que el macho. Por tanto, la balada popular de Hua Mu Lan no reflexiona sobre la realidad histórica sino la realidad de los sueños y las aspiraciones de las mujeres: un aspiración no a derramar sangre sino a ser reconocida como gente que, cuando surge la necesidad, puede lograr hazañas tan valientes como los hombres. Que el autor de esta moraleja que suena tan moderna fue probablemente un hombre del Medioevo chino; que esta historia haya sido tan popular para el pueblo chino por un milenio e incluso memorizada en las escuelas, debería tenerse en cuenta antes de resumir la actitud cultural tradicional china con respecto a las mujeres.”

“El adiós a Mu Lan”

A través de la puerta abierta, puedes ver a Mu Lan tejiendo
Pero no se oye el sonido de la rueca
Los únicos sonidos que oyes son sus suspiros.

Pregúntale a la niña: “¿Qué hay en tu mente?”
Pregúntale a la niña: “¿Qué es lo que no puedes olvidar?”
La niña dice: “Nada hay en mi mente.”
La niña dice: “Nada que no pueda olvidar.”

Anoche vio los rollos del ejército
El Khan recluta sus hombres,
Del ejército han llegado 12 rollos distintos
Y en cada rollo aparece el nombre de su padre.
El padre carece de un hijo adulto
Mu Lan no tiene hermano mayor
Irá al mercado en busca de caballo y montura
Saldrá al camino tomando el lugar de su padre.

Va al mercado del este a comprarse un corcel
Va al mercado del oeste a comprarse una montura
Va al mercado del sur a comprarse una brida
Va al mercado del norte a comprarse una larga fusta.

A la mañana, adiós a su Padre y a su Madre
A la noche, duerme junto al Río Amarillo;
Ya no oye los lamentos de sus padres,
Oye el torrente del Río Amarillo.

A la mañana, adiós al Río Amarillo
En la oscuridad, llega al nacimiento del Río Negro
Ningún sonido de los padres
Llorando por su hija
Solo el bufido de los caballos de guerra [“cantando ‘¡Cheu! ¡Cheu!’”]
De la tribu Hu en el Monte Yen.

Diez mil leguas marcha ella a las batallas
Los guerreros vuelan a través de fortalezas montañosas.
En el aire frío del norte sopla un sonido de metálico fragor,
Destellando luz fría en la cota de malla.

Generales y soldados mueren en un centenar de batallas
Los héroes que viven vuelven diez años después.

Aquellos aún vivos conocerán al Hijo del Cielo
En el Salón del Esplendor se sienta el Hijo del Cielo.
Concedidos (las medallas
A todos los doce rangos
Otorgadas) cien mil acres de tierra.

El Khan pregunta: “¿Cuál es tu deseo?”
Mu Lan no necesita ser un Alto Oficial
Desea solo que le presten un camello de vista aguda
Que haya pateado mil millas,
Para enviar a su hijo de regreso a su aldea natal.

Cuando el Padre y la Madre oyen que su Hija vuelve
Se ayudan a salir renqueantes por la muralla de la ciudad.
Cuando la Hermana Mayor oye que su Hermana Menor vuelve
Puedes verla a través de la puerta maquillarse de rojo.
Cuando el Hermano Pequeño oye que su Hermana vuelve

Afila el cuchillo –“¡Tajo!”– persigue cerdos y corderos.

“Abro la puerta de mi pabellón oriental.
Me siento en mi lecho en la sala oeste.
Me quito
La cota de malla.
Me pongo
El vestido de antaño.”

A través de la ventana
La ves soltar nubes de cabello
Ante el espejo,
De pie, poniéndose adornos (‘remiendos de belleza’).
Por la puerta
Sale, a ver sus camaradas de lucha,
Y todos sus camaradas de lucha se quedan atónitos.
Por doce años marcharon juntos
Y nunca supieron que Mu Lan era una niña.

El conejo macho golpea el suelo impaciente,
La hembra aparta tímidamente la mirada;
Pero cuando corren, ¿cómo puedes decirme
Cuál es el macho, cuál es la hembra?

Mu Lan's Farewell

Through the open door, you can see Mu Lan weaving.
But no sound can you hear of her loom
The only sounds you can hear are her sighs.

Ask the girl, “What is on your mind?”
Ask the girl, “What is it you can’t forget?”
The girl says, “Nothing is on my mind.”
The girl says, “Nothing I can’t forget.”

Last night she saw the army scrolls
The Khan is calling up his men
From the army has come 12 separate scrolls
And every scroll has her father’s name.
The father has no grownup son
Mu Lan has no older brother
She’ll go to the market for horse and saddle
She’ll take to the road in place of her father.

She goes to East Market to buy her a charger
She goes to West Market to buy her a saddle
She goes to South Market to buy the bridle
She goes to North Market to buy the long whip.

In the morning, farewell to Father and Mother
At night, she sleeps by the Yellow River
Hearing no longer the cries of her parents
Hearing the rushing of the Yellow River.

In the morning, farewell to the Yellow River
In the dark, to the Black River's source she comes
No sound of the parents
Crying for their daughter
Just the Yen Mountain Hu tribe's
Warhorses snorting. ["singing 'Cheu! Cheu!'"']

Ten thousand leagues she marches to the battles
Through the mountain strongholds the warriors fly
On the cold north air blows the sound of metal clashing,
Flashing cold light off the chain link mail.

Generals and soldiers die in a hundred battles
The heroes who live come back in ten years.

Those still alive will meet the Son of Heaven
In the Hall of Splendour, the Son of Heaven sits.
Awarded-- the medals
To all the twelve ranks
Granted-- a hundred thousand acres of land.

The Khan asks, "What is your desire?"
Mu Lan doesn't need to be a High Official
Wishes only to borrow a sharp-eyed camel--
Thousand-mile-footed!--
To send the son back to his home village.

When Father and Mother hear Daughter is coming
They help each other hobble outside the city wall
When Older Sister hears Younger Sister is coming
Through the door you can see her putting on red makeup
When Little Brother hears that Sister is coming
He whets his knife—"Snick!"—chases pig and lamb.

"I open the door to my eastern pavilion.
I sit on my bed in the western room.
I take off
My chain link armor.
I put on
My dress of old."

Through the window
you can see her let down the clouds of hair
At her mirror
She stands, putting on her adornments ('beauty patches').
Out the door
She comes, to see her fighting comrades
And all her fighting comrades are amazed.
For twelve years they marched together
And never knew Mu Lan was a girl.

A male rabbit restlessly thumps the ground
A female rabbit shyly looks away
But when they run, how can you tell me,
Which is the male, which is the female?

Maxine Hong Kinston “White Tigers”

When Chinese girls listened to the adults talk-story, we learned that we failed if we grew up to be but wives or slaves. We could be heroines, swordswomen. Even if she had to rage across all China, a swordswoman got even with anybody who hurt her family. Perhaps women were once so dangerous that they had to have their feet bound. It was a woman who invented white crane boxing only two hundred years ago. She was already an expert pole fighter, daughter of a teacher trained at the Shao-lin temple, where there lived an order of fighting monks. She was combing her hair one morning when a white crane alighted outside her window. She teased it with her pole, which it pushed aside with a soft brush of its wing. Amazed, she dashed outside and tried to knock the crane off its perch. It snapped her pole in two. Recognizing the presence of great power, she asked the spirit of the white crane if it would teach her to fight. It answered with a cry that white crane boxers imitate today. Later the bird returned as an old man, and he guided her boxing for many years. Thus she gave the world a new martial art.

This was one of the tamer, more modern stories, mere introduction. My mother told others that followed swordswomen through woods and palaces for years. Night after night my mother would talk-story until we fell asleep. I couldn't tell where the stories left off and the dreams began, her voice the voice of the heroines in my sleep. And on Sundays, from noon to midnight, we went to the movies at the Confucius Church. We saw swordswomen jump over houses from a standstill; they didn't even need a running start.

At last I saw that I too had been in the presence of great power, my mother talking-story. After I grew up, I heard the chant of Fa Mu Lan, the girl who took her father's place in battle. Instantly I remembered that as a child I had followed my mother about the house, the two of us singing about how Fa Mu Lan fought gloriously and returned alive from war to settle in the village. I had forgotten this chant that was once mine, given me by my mother, who may not have known its power to remind. She said I would grow up a wife and a slave, but she taught me the song of the warrior woman, Fa Mu Lan. I would have to grow up a warrior woman.

The call would come from a bird that flew over our roof. In the brush drawings it looks like the ideograph for “human,” two black wings. The bird would cross the sun and lift into the mountains (which look like the ideograph “mountain”), there parting the mist briefly that swirled opaque again. I would be a little girl of seven the day I followed the bird away into the mountains. The brambles would tear off my shoes and the rocks cut my feet and fingers, but I would keep climbing, eyes upward to follow the bird. We would go around and around the tallest mountain, climbing ever upward. I would drink from the river, which I would meet again and again. We would go so high the plants would change, and the river that flows past the village would become a waterfall. At the height where the bird used to disappear, the clouds would gray the world like an ink wash.

Even when I got used to that gray, I would only see peaks as if shaded in pencil, rocks like charcoal rubbings, everything so murky. There would be just two black strokes—the bird. Inside the clouds—inside the dragon's breath—I would not know how many hours or days passed. Suddenly, without noise, I would break clear into a yellow, warm world. New trees would lean toward me at mountain angles, but when I looked for the village, it would have vanished under the clouds.

The bird, now gold so close to the sun, would come to rest on the thatch of a hut, which, until the bird's two feet touched it, was camouflaged as part of the mountainside.

The door opened, and an old man and an old woman came out carrying bowls of rice and soup and a leafy branch of peaches.

“Have you eaten rice today, little girl?” they greeted me.

"Yes, I have," I said out of politeness. "Thank you."

("No, I haven't," I would have said in real life, mad at the Chinese for lying so much. "I'm starved. Do you have any cookies? I like chocolate chip cookies.")

"We were about to sit down to another meal," the old woman said. "Why don't you eat with us?"

They just happened to be bringing three rice bowls and three pairs of silver chopsticks out to the plank table under the pines. They gave me an egg, as if it were my birthday, and tea, though they were older than I, but I poured for them. The teapot and the rice pot seemed bottomless, but perhaps not; the old couple ate very little except for peaches.

When the mountains and the pines turned into blue oxen, blue dogs, and blue people standing, the old couple asked me to spend the night in the hut. I thought about the long way down in the ghostly dark and decided yes. The inside of the hut seemed as large as the outdoors. Pine needles covered the floor in thick patterns; someone had carefully arranged the yellow, green, and brown pine needles according to age. When I stepped carelessly and mused a line, my feet kicked up new blends of earth colors, but the old man and old woman walked so lightly that their feet never stirred the designs by a needle.

A rock grew in the middle of the house, and that was their table. The benches were fallen trees. Ferns and shade flowers grew out of one wall, the mountainside itself. The old couple tucked me into a bed just my width. "Breathe evenly, or you'll lose your balance and fall out," said the woman, covering me with a silk bag stuffed with feathers and herbs. "Opera singers, who begin their training at age five, sleep in beds like this." Then the two of them went outside, and through the window I could see them pull on a rope looped over a branch. The rope was tied to the roof, and the roof opened up like a basket lid. I would sleep with the moon and the stars. I did not see whether the old people slept, so quickly did I drop off, but they would be there waking me with food in the morning.

"Little girl, you have now spent almost a day and a night with us," the old woman said. In the morning light I could see her earlobes pierced with gold. "Do you think you can bear to stay with us for fifteen years? We can train you to become a warrior."

"What about my mother and father?" I asked.

The old man untied the drinking gourd slung across his back. He lifted the lid by its stem and looked for something in the water. "Ah, there," he said.

At first I saw only water so clear it magnified the fibers in the walls of the gourd. On the surface, I saw only my own round reflection. The old man encircled the neck of the gourd with his thumb and index finger and gave it a shake. As the water shook, then settled, the colors and lights shimmered into a picture, not reflecting anything I could see around me. There at the bottom of the gourd were my mother and father scanning the sky, which was where I was. "It has happened already, then," I could hear my mother say. "I didn't expect it so soon." "You knew from her birth that she would be taken," my father answered. "We'll have to harvest potatoes without her help this year," my mother said, and they turned away toward the fields, straw baskets in their arms. The water shook and became just water again. "Mama. Papa," I called, but they were in the valley and could not hear me.

"What do you want to do?" the old man asked. "You can go back right now if you like. You can go pull sweet potatoes, or you can stay with us and learn how to fight barbarians and bandits."

"You can avenge your village," said the old woman. "You can recapture the harvests the thieves have taken. You can be remembered by the Han people for your dutifulness."

"I'll stay with you," I said.

So the hut became my home, and I found out that the old woman did not arrange the pine needles by hand. She opened the roof; an autumn wind would come up, and the needles fell in braids—brown strands, green strands, yellow strands. The old woman waved her arms in conducting motions; she blew softly with her mouth. I thought, nature certainly works differently on mountains than in valleys.

“The first thing you have to learn,” the old woman told me, “is how to be quiet.” They left me by streams to watch for animals. “If you’re noisy, you’ll make the deer go without water.”

When I could kneel all day without my legs cramping and my breathing became even, the squirrels would bury their hoardings at the hem of my shirt and then bend their tails in a celebration dance. At night, the mice and toads looked at me, their eyes quick stars and slow stars. Not once would I see a three-legged toad, though; you need strings of cash to bait them.

The two old people led me in exercises that began at dawn and ended at sunset so that I could watch our shadows grow and shrink and grow again, rooted to the earth. I learned to move my fingers, hands, feet, head, and entire body in circles. I walked putting heel down first, toes pointing outward thirty to forty degrees, making the ideograph “eight,” making the ideograph “human.” Knees bent, I would swing into the slow, measured “square step,” the powerful walk into battle. After five years my body became so strong that I could control even the dilations of the pupils inside my irises. I could copy owls and bats, the words for “bat” and “blessing” homonyms. After six years the deer let me run beside them. I could jump twenty feet into the air from a standstill, leaping like a monkey over the hut. Every creature has a hiding skill and a fighting skill a warrior can use. When birds alighted on my palm, I could yield my muscles under their feet and give them no base from which to fly away.

But I could not fly like the bird that led me here, except in large, free dreams.

During the seventh year (I would be fourteen), the two old people led me blindfolded to the mountains of the white tigers. They held me by either elbow and shouted into my ears, “Run. Run. Run.” I ran and, not stepping off a cliff at the edge of my toes and not hitting my forehead against a wall, ran faster. A wind buoyed me up over the roots, the rocks, the little hills. We reached the tiger place in no time—a mountain peak three feet three from the sky. We had to bend over.

The old people waved once, slid down the mountain, and disappeared around a tree. The old woman, good with the bow and arrow, took them with her; the old man took the water gourd. I would have to survive bare-handed. Snow lay on the ground, and snow fell in loose gusts—another way the dragon breathes. I walked in the direction from which we had come, and when I reached the timberline, I collected wood broken from the cherry tree, the peony, and the walnut, which is the tree of life. Fire, the old people had taught me, is stored in trees that grow red flowers or red berries in the spring or whose leaves turn red in the fall. I took the wood from the protected spots beneath the trees and wrapped it in my scarf to keep dry. I dug where squirrels might have come, stealing one or two nuts at each place. These I also wrapped in my scarf. It is possible, the old people said, for a human being to live for fifty days on water. I would save the roots and nuts for hard climbs, the places where nothing grew, the emergency should I not find the hut. This time there would be no bird to follow.

The first night I burned half of the wood and slept curled against the mountain. I heard the white tigers prowling on the other side of the fire, but I could not distinguish them from the snow patches. The morning rose perfectly. I hurried along, again collecting wood and edibles. I ate nothing and only drank the snow my fires made run.

The first two days were gifts, the fasting so easy to do, I so smug in my strength that on the third day, the hardest, I caught myself sitting on the ground, opening the scarf and staring at the nuts and dry roots. Instead of walking steadily on or even eating, I faded into dreams about the meat meals my mother used to cook, my monk’s food forgotten. That night I burned up most of the wood

I had collected, unable to sleep for facing my death—if not death here, then death someday. The moon animals that did not hibernate came out to hunt, but I had given up the habits of a carnivore since living with the old people. I would not trap the mice that danced so close or the owls that plunged just outside the fire.

On the fourth and fifth days, my eyesight sharp with hunger, I saw deer and used their trails when our ways coincided. Where the deer nibbled, I gathered the fungus, the fungus of immortality.

At noon on the tenth day I packed snow, white as rice, into the worn center of a rock pointed out to me by a finger of ice, and around the rock I built a fire. In the warming water I put roots, nuts, and the fungus of immortality. For variety I ate a quarter of the nuts and roots raw. Oh, green joyous rush inside my mouth, my head, my stomach, my toes, my soul—the best meal of my life.

One day I found that I was striding long distances without hindrance, my bundle light. Food had become so scarce that I was no longer stopping to collect it. I had walked into dead land. Here even the snow stopped. I did not go back to the richer areas, where I could not stay anyway, but, resolving to fast until I got halfway to the next woods, I started across the dry rocks. Heavily weighed down by the wood on my back, branches poking maddeningly, I had burned almost all of the fuel not to waste strength lugging it.

Somewhere in the dead land I lost count of the days. It seemed as if I had been walking forever; life had never been different from this. An old man and an old woman were help I had only wished for. I was fourteen years old and lost from my village. I was walking in circles. Hadn't I been already found by the old people? Or was that yet to come? I wanted my mother and father. The old man and old woman were only a part of this lostness and this hunger.

One nightfall I ate the last of my food but had enough sticks for a good fire. I stared into the flames, which reminded me about helping my mother with the cooking and made me cry. It was very strange looking through water into fire and seeing my mother again. I nodded, orange and warm.

A white rabbit hopped beside me, and for a moment I thought it was a blob of snow that had fallen out of the sky. The rabbit and I studied each other. Rabbits taste like chickens. My mother and father had taught me how to hit rabbits over the head with wine jugs, then skin them cleanly for fur vests. "It's a cold night to be an animal," I said. "So you want some fire too, do you? Let me put on another branch, then." I would not hit it with the branch. I had learned from rabbits to kick backward. Perhaps this one was sick because normally the animals did not like fire. The rabbit seemed alert enough, however, looking at me so acutely, bounding up to the fire. But it did not stop when it got to the edge. It turned its face once toward me, then jumped into the fire. The fire went down for a moment, as if crouching in surprise, then the flames shot up taller than before. When the fire became calm again, I saw the rabbit had turned into meat, browned just right. I ate it, knowing the rabbit had sacrificed itself for me. It had made me a gift of meat.

When you have been walking through trees hour after hour—and I finally reached trees after the dead land—branches cross out everything, no relief whichever way your head turns until your eyes start to invent new sights. Hunger also changes the world—when eating can't be a habit, then neither can seeing. I saw two people made of gold dancing the earth's dances. They turned so perfectly that together they were the axis of the earth's turning. They were light; they were molten, changing gold—Chinese lion dancers, African lion dancers in midstep. I heard high Javanese bells deepen in midring to Indian bells, Hindu Indian, American Indian. Before my eyes, gold bells shredded into gold tassels that fanned into two royal capes that softened into lions' fur. Manes grew tall into feathers that shone—became light rays. Then the dancers danced the future—a machine-future—in clothes I had never seen before. I am watching the centuries pass in moments because suddenly I understand time, which is spinning and fixed like the North Star. And I understand how working and hoeing are dancing; how peasant clothes are golden, as king's clothes are golden; how one of the dancers is always a man and the other a woman.

The man and the woman grow bigger and bigger, so bright. All light. They are tall angels in two rows. They have high white wings on their backs. Perhaps there are infinite angels; perhaps I see two angels in their consecutive moments. I cannot bear their brightness and cover my eyes, which hurt from opening so wide without a blink. When I put my hands down to look again, I recognize the old brown man and the old gray woman walking toward me out of the pine forest.

It would seem that this small crack in the mystery was opened, not so much by the old people's magic, as by hunger. Afterward, whenever I did not eat for long, as during famine or battle, I could stare at ordinary people and see their light and gold. I could see their dance. When I get hungry enough, then killing and falling are dancing too.

The old people fed me hot vegetable soup. Then they asked me to talk-story about what happened in the mountains of the white tigers. I told them that the white tigers had stalked me through the snow but that I had fought them off with burning branches, and my great-grandparents had come to lead me safely through the forests. I had met a rabbit who taught me about self-immolation and how to speed up transmigration: one does not have to become worms first but can change directly into a human being—as in our own humaneness we had just changed bowls of vegetable soup into people too. That made them laugh. “You tell good stories,” they said. “Now go to sleep, and tomorrow we will begin your dragon lessons.”

“One more thing,” I wanted to say. “I saw you and how old you really are.” But I was already asleep; it came out only a murmur. I would want to tell them about that last moment of my journey; but it was only one moment out of the weeks that I had been gone, and its telling would keep till morning. Besides, the two people must already know. In the next years, when I suddenly came upon them or when I caught them out of the corners of my eyes, he appeared as a handsome young man, tall with long black hair, and she, as a beautiful young woman who ran bare-legged through the trees. In the spring she dressed like a bride; she wore juniper leaves in her hair and a black embroidered jacket. I learned to shoot accurately because my teachers held the targets. Often when sighting along an arrow, there to the side I would glimpse the young man or young woman, but when I looked directly, he or she would be old again. By this time I had guessed from their manner that the old woman was to the old man a sister or a friend rather than a wife.

After I returned from my survival test, the two old people trained me in dragon ways, which took another eight years. Copying the tigers, their stalking kill and their anger, had been a wild, bloodthirsty joy. Tigers are easy to find, but I needed adult wisdom to know dragons. “You have to infer the whole dragon from the parts you can see and touch,” the old people would say. Unlike tigers, dragons are so immense, I would never see one in its entirety. But I could explore the mountains, which are the top of its head. “These mountains are also *like* the tops of *other* dragons’ heads,” the old people would tell me. When climbing the slopes, I could understand that I was a bug riding on a dragon’s forehead as it roams through space, its speed so different from my speed that I feel the dragon solid and immobile. In quarries I could see its strata, the dragon’s veins and muscles; the minerals, its teeth and bones. I could touch the stones the old woman wore—its bone marrow. I had worked the soil, which is its flesh, and harvested the plants and climbed the trees, which are its hairs. I could listen to its voice in the thunder and feel its breathing in the winds, see its breathing in the clouds. Its tongue is the lightning. And the red that the lightning gives to the world is strong and lucky—in blood, poppies, roses, rubies, the red feathers of birds, the red carp, the cherry tree, the peony, the line alongside the turtle’s eyes and the mallard’s. In the spring when the dragon awakes, I watched its turnings in the rivers.

The closest I came to seeing a dragon whole was when the old people cut away a small strip of bark on a pine that was over three thousand years old. The resin underneath flows in the swirling shapes of dragons. “If you should decide during your old age that you would like to live another five hundred years, come here and drink ten pounds of this sap,” they told me. “But don’t do it now. You’re too young to decide to live forever.” The old people sent me out into thunderstorms to pick

the red-cloud herb, which grows only then, a product of dragon's fire and dragon's rain. I brought the leaves to the old man and old woman, and they ate them for immortality.

I learned to make my mind large, as the universe is large, so that there is room for paradoxes. Pearls are bone marrow; pearls come from oysters. The dragon lives in the sky, ocean, marshes, and mountains; and the mountains are also its cranium. Its voice thunders and jingles like copper pans. It breathes fire and water; and sometimes the dragon is one, sometimes many.

I worked every day. When it rained, I exercised in the downpour, grateful not to be pulling sweet potatoes. I moved like the trees in the wind. I was grateful not to be squishing in chicken mud, which I did not have nightmares about so frequently now.

On New Year's mornings, the old man let me look in his water gourd to see my family. They were eating the biggest meal of the year, and I missed them very much. I had felt loved, love pouring from their fingers when the adults tucked red money in our pockets. My two old people did not give me money, but, each year for fifteen years, a bead. After I unwrapped the red paper and rolled the bead about between thumb and fingers, they took it back for safekeeping. We ate monk's food as usual.

By looking into the water gourd I was able to follow the men I would have to execute. Not knowing that I watched, fat men ate meat; fat men drank wine made from the rice; fat men sat on naked little girls. I watched powerful men count their money, and starving men count theirs. When bandits brought their share of raids home, I waited until they took off their masks so I would know the villagers who stole from their neighbors. I studied the generals' faces, their rank-stalks quivering at the backs of their heads. I learned rebels' faces, too, their foreheads tied with wild oaths.

The old man pointed out strengths and weaknesses whenever heroes met in classical battles, but warfare makes a scramble of the beautiful, slow old fights. I saw one young fighter salute his opponent—and five peasants hit him from behind with scythes and hammers. His opponent did not warn him.

"Cheaters!" I yelled. "How am I going to win against cheaters?"

"Don't worry," the old man said. "You'll never be trapped like that poor amateur. You can see behind you like a bat. Hold the peasants back with one hand and kill the warrior with the other."

Menstrual days did not interrupt my training; I was as strong as on any other day. "You're now an adult," explained the old woman on the first one, which happened halfway through my stay on the mountain. "You can have children." I had thought I had cut myself when jumping over my swords, one made of steel and the other carved out of a single block of jade. "However," she added, "we are asking you to put off children for a few more years."

"Then can I use the control you taught me and stop this bleeding?"

"No. You don't stop shitting and pissing," she said. "It's the same with the blood. Let it run." ("Let it walk" in Chinese.)

To console me for being without family on this day, they let me look inside the gourd. My whole family was visiting friends on the other side of the river. Everybody had on good clothes and was exchanging cakes. It was a wedding. My mother was talking to the hosts: "Thank you for taking our daughter. Wherever she is, she must be happy now. She will certainly come back if she is alive, and if she is a spirit, you have given her a descent line. We are so grateful."

Yes, I would be happy. How full I would be with all their love for me. I would have for a new husband my own playmate, dear since childhood, who loved me so much he was to become a spirit bridegroom for my sake. We will be so happy when I come back to the valley, healthy and strong and not a ghost.

The water gave me a close-up of my husband's wonderful face—and I was watching when it went white at the sudden approach of armored men on horseback, thudding and jangling. My people grabbed iron skillets, boiling soup, knives, hammers, scissors, whatever weapons came to hand, but my father said, "There are too many of them," and they put down the weapons and waited quietly at the door, open as if for guests. An army of horsemen stopped at our house; the foot soldiers in the distance were coming closer. A horseman with silver scales afire in the sun shouted from the scroll in his hands, his words opening a red gap in his black beard. "Your baron has pledged fifty men from this district, one from each family," he said, and then named the family names.

"No!" I screamed into the gourd.

"I'll go," my new husband and my youngest brother said to their fathers.

"No," my father said, "I myself will go," but the women held him back until the foot soldiers passed by, my husband and my brother leaving with them.

As if disturbed by the marching feet, the water churned; and when it stilled again ("Wait!" I yelled. "Wait!"), there were strangers. The baron and his family—all of his family—were knocking their heads on the floor in front of their ancestors and thanking the gods out loud for protecting them from conscription. I watched the baron's piggish face chew open-mouthed on the sacrificial pig. I plunged my hand into the gourd, making a grab for his thick throat, and he broke into pieces, splashing water all over my face and clothes. I turned the gourd upside-down to empty it, but no little people came tumbling out.

"Why can't I go down there now and help them?" I cried. "I'll run away with the two boys and we'll hide in the caves."

"No," the old man said. "You're not ready. You're only fourteen years old. You'd get hurt for nothing."

"Wait until you are twenty-two," the old woman said. "You'll be big then and more skillful. No army will be able to stop you from doing whatever you want. If you go now, you will be killed, and you'll have wasted seven and a half years of our time. You will deprive your people of a champion."

"I'm good enough now to save the boys."

"We didn't work this hard to save just two boys, but whole families."

Of course.

"Do you really think I'll be able to do that—defeat an army?"

"Even when you fight against soldiers trained as you are, most of them will be men, heavy footed and rough. You will have the advantage. Don't be impatient."

"From time to time you may use the water gourd to watch your husband and your brother," the old man said.

But I had ended the panic about them already. I could feel a wooden door inside of me close. I had learned on the farm that I could stop loving animals raised for slaughter. And I could start loving them immediately when someone said, "This one is a pet," freeing me and opening the door. We had lost males before, cousins and uncles who were conscripted into armies or bonded as apprentices, who are almost as lowly as slave girls.

I bled and thought about the people to be killed; I bled and thought about the people to be born.

During all my years on the mountain, I talked to no one except the two old people, but they seemed to be many people. The whole world lived inside the gourd, the earth a green and blue pearl like the one the dragon plays with.

When I could point at the sky and make a sword appear, a silver bolt in the sunlight, and control its slashing with my mind, the old people said I was ready to leave. The old man opened the gourd for the last time. I saw the baron's messenger leave our house, and my father was saying, "This time I must go and fight." I would hurry down the mountain and take his place. The old people gave me the fifteen beads, which I was to use if I got into terrible danger. They gave me men's clothes and armor. We bowed to one another. The bird flew above me down the mountain, and for some miles, whenever I turned to look for them, there would be the two old people waving. I saw them through the mist; I saw them on the clouds; I saw them big on the mountain-top when distance had shrunk the pines. They had probably left images of themselves for me to wave at and gone about their other business.

When I reached my village, my father and mother had grown as old as the two whose shapes I could at last no longer see. I helped my parents carry their tools, and they walked ahead so straight, each carrying a basket or a hoe not to overburden me, their tears falling privately. My family surrounded me with so much love that I almost forgot the ones not there. I praised the new infants.

"Some of the people are saying the Eight Sages took you away to teach you magic," said a little girl cousin. "They say they changed you into a bird, and you flew to them."

"Some say you went to the city and became a prostitute," another cousin giggled.

"You might tell them that I met some teachers who were willing to teach me science," I said.

"I have been drafted," my father said.

"No, Father," I said. "I will take your place."

My parents killed a chicken and steamed it whole, as if they were welcoming home a son, but I had gotten out of the habit of meat. After eating rice and vegetables, I slept for a long time, preparation for the work ahead.

In the morning my parents woke me and asked that I come with them to the family hall. "Stay in your night-clothes," my mother said. "Don't change yet." She was holding a basin, a towel, and a kettle of hot water. My father had a bottle of wine, an ink block and pens, and knives of various sizes. "Come with us," he said. They had stopped the tears with which they had greeted me. Forebodingly I caught a smell—metallic, the iron smell of blood, as when a woman gives birth, as at the sacrifice of a large animal, as when I menstruated and dreamed red dreams.

My mother put a pillow on the floor before the ancestors. "Kneel here," she said. "Now take off your shirt." I kneeled with my back to my parents so none of us felt embarrassed. My mother washed my back as if I had left for only a day and were her baby yet. "We are going to carve revenge on your back," my father said. "We'll write out oaths and names."

"Wherever you go, whatever happens to you, people will know our sacrifice," my mother said. "And you'll never forget either." She meant that even if I got killed, the people could use my dead body for a weapon, but we do not like to talk out loud about dying.

My father first brushed the words in ink, and they fluttered down my back row after row. Then he began cutting; to make fine lines and points he used thin blades, for the stems, large blades.

My mother caught the blood and wiped the cuts with a cold towel soaked in wine. It hurt terribly—the cuts sharp; the air burning; the alcohol cold, then hot—pain so various. I gripped my knees. I released them. Neither tension nor relaxation helped. I wanted to cry. If not for the fifteen years of training, I would have writhed on the floor; I would have had to be held down. The list of grievances went on and on. If an enemy should flay me, the light would shine through my skin like lace.

At the end of the last word, I fell forward. Together my parents sang what they had written, then let me rest. My mother fanned my back. “We’ll have you with us until your back heals,” she said.

When I could sit up again, my mother brought two mirrors, and I saw my back covered entirely with words in red and black files, like an army, like my army. My parents nursed me just as if I had fallen in battle after many victories. Soon I was strong again.

A white horse stepped into the courtyard where I was polishing my armor. Though the gates were locked tight, through the moon door it came—a kingly white horse. It wore a saddle and bridle with red, gold, and black tassels dancing. The saddle was just my size with tigers and dragons tooled in swirls. The white horse pawed the ground for me to go. On the hooves of its near forefoot and hindfoot was the ideograph “to fly.”

My parents and I had waited for such a sign. We took the fine saddlebags off the horse and filled them with salves and herbs, blue grass for washing my hair, extra sweaters, dried peaches. They gave me a choice of ivory or silver chopsticks. I took the silver ones because they were lighter. It was like getting wedding presents. The cousins and the villagers came bearing bright orange jams, silk dresses, silver embroidery scissors. They brought blue and white porcelain bowls filled with water and carp—the bowls painted with carp, fins like orange fire. I accepted all the gifts—the tables, the earthenware jugs—though I could not possibly carry them with me, and culled for travel only a small copper cooking bowl. I could cook in it and eat out of it and would not have to search for bowl-shaped rocks or tortoiseshells.

I put on my men’s clothes and armor and tied my hair in a man’s fashion. “How beautiful you look,” the people said. “How beautiful she looks.”

A young man stepped out of the crowd. He looked familiar to me, as if he were the old man’s son, or the old man himself when you looked at him from the corners of your eyes.

“I want to go with you,” he said.

“You will be the first soldier in my army,” I told him.

I leapt onto my horse’s back and marveled at the power and height it gave to me. Just then, galloping out of nowhere straight at me came a rider on a black horse. The villagers scattered except for my one soldier, who stood calmly in the road. I drew my sword. “Wait!” shouted the rider, raising weaponless hands. “Wait. I have travelled here to join you.”

Then the villagers relinquished their real gifts to me—their sons. Families who had hidden their boys during the last conscription volunteered them now. I took the ones their families could spare and the ones with hero-fire in their eyes, not the young fathers and not those who would break hearts with their leaving.

We were better equipped than many founders of dynasties had been when they walked north to dethrone an emperor; they had been peasants like us. Millions of us had laid our hoes down on the dry ground and faced north. We sat in the fields, from which the dragon had withdrawn its moisture, and sharpened those hoes. Then, though it be ten thousand miles away, we walked to the palace. We would report to the emperor. The emperor, who sat facing south, must have been very frightened—peasants everywhere walking day and night toward the capital, toward Peiping. But the last emperors of dynasties must not have been facing in the right direction, for they would have seen us and not let us get this hungry. We would not have had to shout our grievances. The peasants would crown as emperor a farmer who knew the earth or a beggar who understood hunger.

“Thank you, Mother. Thank you, Father,” I said before leaving. They had carved their names and address on me, and I would come back.

Often I walked beside my horse to travel abreast of my army. When we had to impress other armies—marauders, columns of refugees filing past one another, boy gangs following their martial arts teachers—I mounted and rode in front. The soldiers who owned horses and weapons would pose fiercely on my left and right. The small bands joined us, but sometimes armies of equal or larger strength would fight us. Then screaming a mighty scream and swinging two swords over my head, I charged the leaders; I released my bloodthirsty army and my straining war-horse. I guided the horse with my knees, freeing both hands for sword-work, spinning green and silver circles all around me.

I inspired my army, and I fed them. At night I sang to them glorious songs that came out of the sky and into my head. When I opened my mouth, the songs poured out and were loud enough for the whole encampment to hear; my army stretched out for a mile. We sewed red flags and tied the red scraps around arms, legs, horses' tails. We wore our red clothes so that when we visited a village, we would look as happy as for New Year's Day. Then people would want to join the ranks. My army did not rape, only taking food where there was an abundance. We brought order wherever we went.

When I won over a goodly number of fighters, I built up my army enough to attack fiefdoms and to pursue the enemies I had seen in the water gourd.

My first opponent turned out to be a giant, so much bigger than the toy general I used to peep at. During the charge, I singled out the leader, who grew as he ran toward me. Our eyes locked until his height made me strain my neck looking up, my throat so vulnerable to the stroke of a knife that my eyes dropped to the secret death points on the huge body. First I cut off his leg with one sword swipe, as Chen Luan-feng had chopped the leg off the thunder god. When the giant stumped toward me, I cut off his head. Instantly he reverted to his true self, a snake, and slithered away hissing. The fighting around me stopped as the combatants' eyes and mouths opened wide in amazement. The giant's spells now broken, his soldiers, seeing that they had been led by a snake, pledged their loyalty to me.

In the stillness after battle I looked up at the mountain-tops; perhaps the old man and woman were watching me and would enjoy my knowing it. They'd laugh to see a creature winking at them from the bottom of the water gourd. But on a green ledge above the battlefield I saw the giant's wives crying. They had climbed out of their palanquins to watch their husband fight me, and now they were holding each other weeping. They were two sisters, two tiny fairies against the sky, widows from now on. Their long undersleeves, which they had pulled out to wipe their tears, flew white mourning in the mountain wind. After a time, they got back into their sedan chairs, and their servants carried them away.

I led my army northward, rarely having to sidetrack; the emperor himself sent the enemies I was hunting chasing after me. Sometimes they attacked us on two or three sides; sometimes they ambushed me when I rode ahead. We would always win, Kuan Kung, the god of war and literature riding before me. I would be told of in fairy tales myself. I overheard some soldiers—and now there were many who had not met me—say that whenever we had been in danger of losing, I made a throwing gesture and the opposing army would fall, hurled across the battlefield. Hailstones as big as heads would shoot out of the sky and the lightning would stab like swords, but never at those on my side. "On *his* side," they said. I never told them the truth. Chinese executed women who disguised themselves as soldiers or students, no matter how bravely they fought or how high they scored on the examinations.

One spring morning I was at work in my tent repairing equipment, patching my clothes, and studying maps when a voice said, "General, may I visit you in your tent, please?" As if it were my own home, I did not allow strangers in my tent. And since I had no family with me, no one ever visited inside. Riverbanks, hillsides, the cool sloped rooms under the pine trees—China provides her soldiers with meeting places enough. I opened the tent flap. And there in the sunlight stood my

own husband with arms full of wildflowers for me. "You are beautiful," he said, and meant it truly. "I have looked for you everywhere. I've been looking for you since the day that bird flew away with you." We were so pleased with each other, the childhood friend found at last, the childhood friend mysteriously grown up. "I followed you, but you skimmed over the rocks until I lost you."

"I've looked for you too," I said, the tent now snug around us like a secret house when we were kids. "Whenever I heard about a good fighter, I went to see if it were you," I said. "I saw you marry me. I'm so glad you married me."

He wept when he took off my shirt and saw the scar-words on my back. He loosened my hair and covered the words with it. I turned around and touched his face, loving the familiar first.

So for a time I had a partner—my husband and I, soldiers together just as when we were little soldiers playing in the village. We rode side by side into battle. When I became pregnant, during the last four months, I wore my armor altered so that I looked like a powerful, big man. As a fat man, I walked with the foot soldiers so as not to jounce the gestation. Now when I was naked, I was a strange human being indeed—words carved on my back and the baby large in front.

I hid from battle only once, when I gave birth to our baby. In dark and silver dreams I had seen him falling from the sky, each night closer to the earth, his soul a star. Just before labor began, the last star rays sank into my belly. My husband would talk to me and not go, though I said for him to return to the battlefield. He caught the baby, a boy, and put it on my breast. "What are we going to do with this?" he asked, holding up the piece of umbilical cord that had been closest to the baby.

"Let's tie it to a flagpole until it dries," I said. We had both seen the boxes in which our parents kept the dried cords of all their children. "This one was yours, and this yours," my mother would say to us brothers and sisters, and fill us with awe that she could remember.

We made a sling for the baby inside my big armor, and rode back into the thickest part of the fighting. The umbilical cord flew with the red flag and made us laugh. At night inside our own tent, I let the baby ride on my back. The sling was made of red satin and purple silk; the four paisley straps that tied across my breasts and around my waist ended in housewife's pockets lined with a coin, a seed, a nut, and a juniper leaf. At the back of the sling I had sewn a tiny quilted triangle, red at its center against two shades of green; it marked the baby's nape for luck. I walked bowed, and the baby warmed himself against me, his breathing in rhythm with mine, his heart beating like my heart.

When the baby was a month old, we gave him a name and shaved his head. For the full-month ceremony my husband had found two eggs, which we dyed red by boiling them with a flag. I peeled one and rolled it all over the baby's head, his eyes, his lips, off his bump of a nose, his cheeks, his dear bald head and fontanel. I had brought dried grapefruit peel in my saddlebag, and we also boiled that. We washed our heads and hands in the grapefruit water, dabbing it on the baby's forehead and hands. Then I gave my husband the baby and told him to take it to his family, and I gave him all the money we had taken on raids to take to my family. "Go now," I said, "before he is old enough to recognize me." While the blur is still in his eyes and the little fists shut tight like buds, I'll send my baby away from me. I altered my clothes and became again the slim young man. Only now I would get so lonely with the tent so empty that I slept outside.

My white horse overturned buckets and danced on them; it lifted full wine cups with its teeth. The strong soldiers lifted the horse in a wooden tub, while it danced to the stone drums and flute music. I played with the soldiers, throwing arrows into a bronze jar. But I found none of these antics as amusing as when I first set out on the road.

It was during this lonely time, when any high cry made the milk spill from my breasts, that I got careless. Wildflowers distracted me so that I followed them, picking one, then another, until I was alone in the woods. Out from behind trees, springing off branches came the enemy, their leader looming like a genie out of the water gourd. I threw fists and feet at them, but they were so many,

they pinned me to the earth while their leader drew his sword. My fear shot forth—a quick, jabbing sword that slashed fiercely, silver flashes, quick cuts wherever my attention drove it. The leader stared at the palpable sword swishing unclutched at his men, then laughed aloud. As if signaled by his laughter, two more swords appeared in midair. They clanged against mine, and I felt metal vibrate inside my brain. I willed my sword to hit back and to go after the head that controlled the other swords. But the man fought well, hurting my brain. The swords opened and closed, scissoring madly, metal zinging along metal. Unable to leave my sky-sword to work itself, I would be watching the swords move like puppets when the genie yanked my hair back and held a dagger against my throat. “Aha!” he said. “What have we here?” He lifted the bead pouch out of my shirt and cut the string. I grabbed his arm, but one of his swords dived toward me, and I rolled out of the way. A horse galloped up, and he leapt on it, escaping into the forest, the beads in his fist. His swords fought behind him until I heard him shout, “I am here!” and they flew to his side. So I had done battle with the prince who had mixed the blood of his two sons with the metal he had used for casting his swords.

I ran back to my soldiers and gathered the fastest horsemen for pursuit. Our horses ran like the little white water horses in the surf. Across a plain we could see the enemy, a dustdevil rushing toward the horizon. Wanting to see, I focused my eyes as the eagles had taught me, and there the genie would be—shaking one bead out of the pouch and casting it at us. Nothing happened. No thunder, no earthquake that split open the ground, no hailstones big as heads.

“Stop!” I ordered my riders. “Our horses are exhausted, and I don’t want to chase any farther south.” The rest of the victories would be won on my own, slow and without shortcuts.

I stood on top of the last hill before Peiping and saw the roads below me flow like living rivers. Between roads the woods and plains moved too; the land was peopled—the Han people, the People of One Hundred Surnames, marching with one heart, our tatters flying. The depth and width of Joy were exactly known to me: the Chinese population. After much hardship a few of our millions had arrived together at the capital. We faced our emperor personally. We beheaded him, cleaned out the palace, and inaugurated the peasant who would begin the new order. In his rags he sat on the throne facing south, and we, a great red crowd, bowed to him three times. He commended some of us who were his first generals.

I told the people who had come with me that they were free to go home now, but since the Long Wall was so close, I would go see it. They could come along if they liked. So, loath to disband after such high adventures, we reached the northern boundary of the world, chasing Mongols en route.

I touched the Long Wall with my own fingers, running the edge of my hand between the stones, tracing the grooves the builders’ hands had made. We lay our foreheads and our cheeks against the Long Wall and cried like the women who had come here looking for their men so long building the wall. In my travels north, I had not found my brother.

Carrying the news about the new emperor, I went home, where one more battle awaited me. The baron who had drafted my brother would still be bearing sway over our village. Having dropped my soldiers off at crossroads and bridges, I attacked the baron’s stronghold alone. I jumped over the double walls and landed with swords drawn and knees bent, ready to spring. When no one accosted me, I sheathed the swords and walked about like a guest until I found the baron. He was counting his money, his fat ringed fingers playing over the abacus.

“Who are you? What do you want?” he said, encircling his profits with his arms. He sat square and fat like a god.

“I want your life in payment for your crimes against the villagers.”

“I haven’t done anything to you. All this is mine. I earned it. I didn’t steal it from you. I’ve never seen you before in my life. Who are you?”

“I am a female avenger.”

Then—heaven help him—he tried to be charming, to appeal to me man to man. “Oh, come now. Everyone takes the girls when he can. The families are glad to be rid of them. ‘Girls are maggots in the rice.’ ‘It is more profitable to raise geese than daughters.’” He quoted to me the sayings I hated.

“Regret what you’ve done before I kill you,” I said.

“I haven’t done anything other men—even you—wouldn’t have done in my place.”

“You took away my brother.”

“I free my apprentices.”

“He was not an apprentice.”

“China needs soldiers in wartime.”

“You took away my childhood.”

“I don’t know what you’re talking about. We’ve never met before. I’ve done nothing to you.”

“You’ve done this,” I said, and ripped off my shirt to show him my back. “You are responsible for this.” When I saw his startled eyes at my breasts, I slashed him across the face and on the second stroke cut off his head.

I pulled my shirt back on and opened the house to the villagers. The baron’s family and servants hid in closets and under beds. The villagers dragged them out into the courtyard, where they tried them next to the beheading machine. “Did you take my harvest so that my children had to eat grass?” a weeping farmer asked.

“I saw him steal seed grain,” another testified.

“My family was hiding under the thatch on the roof when the bandits robbed our house, and we saw this one take off his mask.” They spared those who proved they could be reformed. They beheaded the others. Their necks were collared in the beheading machine, which slowly clamped shut. There was one last-minute reprieve of a bodyguard when a witness shouted testimony just as the vise was pinching blood. The guard had but recently joined the household in exchange for a child hostage. A slow killing gives a criminal time to regret his crimes and think of the right words to prove he can change.

I searched the house, hunting out people for trial. I came upon a locked room. When I broke down the door, I found women, cowering, whimpering women. I heard shrill insect noises and scurrying. They blinked weakly at me like pheasants that have been raised in the dark for soft meat. The servants who walked the ladies had abandoned them, and they could not escape on their little bound feet. Some crawled away from me, using their elbows to pull themselves along. These women would not be good for anything. I called the villagers to come identify any daughters they wanted to take home, but no one claimed any. I gave each woman a bagful of rice, which they sat on. They rolled the bags to the road. They wandered away like ghosts. Later, it would be said, they turned into the band of swordswomen who were a mercenary army. They did not wear men’s clothes like me, but rode as women in black and red dresses. They bought up girl babies so that many poor families welcomed their visitations. When slave girls and daughters-in-law ran away, people would say they joined these witch amazons. They killed men and boys. I myself never encountered such women and could not vouch for their reality.

After the trials we tore down the ancestral tablets. “We’ll use this great hall for village meetings,” I announced. “Here we’ll put on operas; we’ll sing together and talk-story.” We washed

the courtyard; we exorcised the house with smoke and red paper. "This is a new year," I told the people, "the year one."

I went home to my parents-in-law and husband and son. My son stared, very impressed by the general he had seen in the parade, but his father said, "It's your mother. Go to your mother." My son was delighted that the shiny general was his mother too. She gave him her helmet to wear and her swords to hold.

Wearing my black embroidered wedding coat, I knelt at my parents-in-law's feet, as I would have done as a bride. "Now my public duties are finished," I said. "I will stay with you, doing farmwork and housework, and giving you more sons."

"Go visit your mother and father first," my mother-in-law said, a generous woman. "They want to welcome you."

My mother and father and the entire clan would be living happily on the money I had sent them. My parents had bought their coffins. They would sacrifice a pig to the gods that I had returned. From the words on my back, and how they were fulfilled, the villagers would make a legend about my perfect filiality.

My American life has been such a disappointment.

"I got straight A's, Mama."

"Let me tell you a true story about a girl who saved her village."

I could not figure out what was my village. And it was important that I do something big and fine, or else my parents would sell me when we made our way back to China. In China there were solutions for what to do with little girls who ate up food and threw tantrums. You can't eat straight A's.

When one of my parents or the emigrant villagers said, "'Feeding girls is feeding cowbirds,'" I would thrash on the floor and scream so hard I couldn't talk. I couldn't stop.

"What's the matter with her?"

"I don't know. Bad, I guess. You know how girls are. 'There's no profit in raising girls. Better to raise geese than girls.'"

"I would hit her if she were mine. But then there's no use wasting all that discipline on a girl. 'When you raise girls, you're raising children for strangers.'"

"Stop that crying!" my mother would yell. "I'm going to hit you if you don't stop. Bad girl! Stop!" I'm going to remember never to hit or to scold my children for crying, I thought, because then they will only cry more.

"I'm not a bad girl," I would scream. "I'm not a bad girl. I'm not a bad girl." I might as well have said, "I'm not a girl."

"When you were little, all you had to say was 'I'm not a bad girl,' and you could make yourself cry," my mother says, talking-story about my childhood.

I minded that the emigrant villagers shook their heads at my sister and me. "One girl—and another girl," they said, and made our parents ashamed to take us out together. The good part about my brothers being born was that people stopped saying, "All girls," but I learned new grievances. "Did you roll an egg on *my* face like that when I was born?" "Did you have a full-month party for me?" "Did you turn on all the lights?" "Did you send *my* picture to Grandmother?" "Why not? Because I'm a girl? Is that why not?" "Why didn't you teach me English?" "You like having me beaten up at school, don't you?"

"She is very mean, isn't she?" the emigrant villagers would say.

"Come, children. Hurry. Hurry. Who wants to go out with Great-Uncle?" On Saturday mornings my great-uncle, the ex-river pirate, did the shopping. "Get your coats, whoever's coming."

"I'm coming. I'm coming. Wait for me."

When he heard girls' voices, he turned on us and roared, "No girls!" and left my sisters and me hanging our coats back up, not looking at one another. The boys came back with candy and new toys. When they walked through Chinatown, the people must have said, "A boy—and another boy—and another boy!" At my great-uncle's funeral I secretly tested out feeling glad that he was dead—the six-foot bearish masculinity of him.

I went away to college—Berkeley in the sixties—and I studied, and I marched to change the world, but I did not turn into a boy. I would have liked to bring myself back as a boy for my parents to welcome with chickens and pigs. That was for my brother, who returned alive from Vietnam.

If I went to Vietnam, I would not come back; females desert families. It was said, "There is an outward tendency in females," which meant that I was getting straight A's for the good of my future husband's family, not my own. I did not plan ever to have a husband. I would show my mother and father and the nosey emigrant villagers that girls have no outward tendency. I stopped getting straight A's.

And all the time I was having to turn myself American-feminine, or no dates.

There is a Chinese word for the female I—which is "slave." Break the women with their own tongues!

I refused to cook. When I had to wash dishes, I would crack one or two. "Bad girl," my mother yelled, and sometimes that made me gloat rather than cry. Isn't a bad girl almost a boy?

"What do you want to be when you grow up, little girl?"

"A lumberjack in Oregon."

Even now, unless I'm happy, I burn the food when I cook. I do not feed people. I let the dirty dishes rot. I eat at other people's tables but won't invite them to mine, where the dishes are rotting.

If I could not-eat, perhaps I could make myself a warrior like the sword woman who drives me. I will—I must—rise and plow the fields as soon as the baby comes out.

Once I get outside the house, what bird might call me; on what horse could I ride away? Marriage and childbirth strengthen the swordswoman, who is not a maid like Joan of Arc. Do the women's work; then do more work, which will become ours too. No husband of mine will say, "I could have been a drummer, but I had to think about the wife and kids. You know how it is." Nobody supports me at the expense of his own adventure. Then I get bitter: no one supports me; I am not loved enough to be supported. That I am not a burden has to compensate for the sad envy when I look at women loved enough to be supported. Even now China wraps double binds around my feet.

When urban renewal tore down my parents' laundry and paved over our slum for a parking lot, I only made up gun and knife fantasies and did nothing useful.

From the fairy tales, I've learned exactly who the enemy are. I easily recognize them—business-suited in their modern American executive guise, each boss two feet taller than I am and impossible to meet eye to eye.

I once worked at an art supply house that sold paints to artists. "Order more of that nigger yellow, will ya?" the boss told me. "Bright, isn't it? Nigger yellow."

"I don't like that word," I had to say in my bad, small-person's voice that makes no impact. The boss never deigned to answer.

I also worked at a land developers' association. The building industry was planning a banquet for contractors, real estate dealers, and real estate editors. "Did you know the restaurant you chose for the banquet is being picketed by CORE and the NAACP?" I squeaked.

"Of course I know." The boss laughed. "That's why I chose it."

"I refuse to type these invitations," I whispered, voice unreliable.

He leaned back in his leather chair, his bossy stomach opulent. He picked up his calendar and slowly circled a date. "You will be paid up to here," he said. "We'll mail you the check."

If I took the sword, which my hate must surely have forged out of the air, and gutted him, I would put color and wrinkles into his shirt.

It's not just the stupid racists that I have to do something about, but the tyrants who for whatever reason can deny my family food and work. My job is my own only land.

To avenge my family, I'd have to storm across China to take back our farm from the Communists; I'd have to rage across the United States to take back the laundry in New York and the one in California. Nobody in history has conquered and united both North America and Asia. A descendant of eighty pole fighters, I ought to be able to set out confidently, march straight down our street, get going right now. There's work to do, ground to cover. Surely, the eighty pole fighters, though unseen, would follow me and lead me and protect me, as is the wont of ancestors.

Or it may well be that they're resting happily in China, their spirits dispersed among the real Chinese, and not nudging me at all with their poles. I mustn't feel bad that I haven't done as well as the swordswoman did; after all, no bird called me, no wise old people tutored me. I have no magic beads, no water gourd sight, no rabbit that will jump in the fire when I'm hungry. I dislike armies.

I've looked for the bird. I've seen clouds make pointed angel wings that stream past the sunset, but they shred into clouds. Once at a beach after a long hike I saw a seagull, tiny as an insect. But when I jumped up to tell what miracle I saw, before I could get the words out I understood that the bird was insect-size because it was far away. My brain had momentarily lost its depth perception. I was that eager to find an unusual bird.

The news from China has been confusing. It also had something to do with birds. I was nine years old when the letters made my parents, who are rocks, cry. My father screamed in his sleep. My mother wept and crumpled up the letters. She set fire to them page by page in the ashtray, but new letters came almost every day. The only letters they opened without fear were the ones with red borders, the holiday letters that mustn't carry bad news. The other letters said that my uncles were made to kneel on broken glass during their trials and had confessed to being landowners. They were all executed, and the aunt whose thumbs were twisted off drowned herself. Other aunts, mothers-in-law, and cousins disappeared; some suddenly began writing to us again from communes or from Hong Kong. They kept asking for money. The ones in communes got four ounces of fat and one cup of oil a week, they said, and had to work from 4 A.M. to 9 P.M. They had to learn to do dances waving red kerchiefs; they had to sing nonsense syllables. The Communists gave axes to the old ladies and said, "Go and kill yourself. You're useless." If we overseas Chinese would just send money to the Communist bank, our relatives said, they might get a percentage of it for themselves. The aunts in Hong Kong said to send money quickly; their children were begging on the sidewalks, and mean people put dirt in their bowls.

When I dream that I am wire without flesh, there is a letter on blue airmail paper that floats above the night ocean between here and China. It must arrive safely or else my grandmother and I will lose each other.

My parents felt bad whether or not they sent money. Sometimes they got angry at their brothers and sisters for asking. And they would not simply ask but have to talk-story too. The revolutionaries had taken Fourth Aunt and Uncle's store, house, and lands. They attacked the house and killed the grandfather and oldest daughter. The grandmother escaped with the loose cash and did not return to help. Fourth Aunt picked up her sons, one under each arm, and hid in the pig house, where they slept that night in cotton clothes. The next day she found her husband, who had also miraculously escaped. The two of them collected twigs and yams to sell while their children begged. Each morning they tied the faggots on each other's back. Nobody bought from them. They ate the yams and some of the children's rice. Finally Fourth Aunt saw what was wrong. "We have to shout 'Fuel for sale' and 'Yams for sale,'" she said. "We can't just walk unobtrusively up and down the street." "You're right," said my uncle, but he was shy and walked in back of her. "Shout," my aunt ordered, but he could not. "They think we're carrying these sticks home for our own fire," she said. "Shout." They walked about miserably, silently, until sundown, neither of them able to advertise themselves. Fourth Aunt, an orphan since the age of ten, mean as my mother, threw her bundle down at his feet and scolded Fourth Uncle, "Starving to death, his wife and children starving to death, and he's too damned shy to raise his voice." She left him standing by himself and afraid to return empty-handed to her. He sat under a tree to think, when he spotted a pair of nesting doves. Dumping his bag of yams, he climbed up and caught the birds. That was where the Communists trapped him, in the tree. They criticized him for selfishly taking food for his own family and killed him, leaving his body in the tree as an example. They took the birds to a commune kitchen to be shared.

It is confusing that my family was not the poor to be championed. They were executed like the barons in the stories, when they were not barons. It is confusing that birds tricked us.

What fighting and killing I have seen have not been glorious but slum grubby. I fought the most during junior high school and always cried. Fights are confusing as to who has won. The corpses I've seen had been rolled and dumped, sad little dirty bodies covered with a police khaki blanket. My mother locked her children in the house so we couldn't look at dead slum people. But at news of a body, I would find a way to get out; I had to learn about dying if I wanted to become a swordswoman. Once there was an Asian man stabbed next door, words on cloth pinned to his corpse. When the police came around asking questions, my father said, "No read Japanese. Japanese words. Me Chinese."

I've also looked for old people who could be my gurus. A medium with red hair told me that a girl who died in a far country follows me wherever I go. This spirit can help me if I acknowledge her, she said. Between the head line and heart line in my right palm, she said, I have the mystic cross. I could become a medium myself. I don't want to be a medium. I don't want to be a crank taking "offerings" in a wicker plate from the frightened audience, who, one after another, asked the spirits how to raise rent money, how to cure their coughs and skin diseases, how to find a job. And martial arts are for unsure little boys kicking away under fluorescent lights.

I live now where there are Chinese and Japanese, but no emigrants from my own village looking at me as if I had failed them. Living among one's own emigrant villagers can give a good Chinese far from China glory and a place. "That old busboy is really a swordsman," we whisper when he goes by, "He's a swordsman who's killed fifty. He has a tong ax in his closet." But I am useless, one more girl who couldn't be sold. When I visit the family now, I wrap my American successes around me like a private shawl; I *am* worthy of eating the food. From afar I can believe my family loves me fundamentally. They only say, "When fishing for treasures in the flood, be careful not to pull in girls," because that is what one says about daughters. But I watched such words come out of my own mother's and father's mouths; I looked at their ink drawing of poor people snagging their neighbors' flotage with long flood hooks and pushing the girl babies on down the river. And I had to get out of hating range. I read in an anthropology book that Chinese say, "Girls are necessary too"; I have never heard the Chinese I know make this concession. Perhaps it

was a saying in another village. I refuse to shy my way anymore through our Chinatown, which tasks me with the old sayings and the stories.

The swordswoman and I are not so dissimilar. May my people understand the resemblance soon so that I can return to them. What we have in common are the words at our backs. The idioms for *revenge* are “report a crime” and “report to five families.” The reporting is the vengeance—not the beheading, not the gutting, but the words. And I have so many words—”chink” words and “gook” words too—that they do not fit on my skin.

MAXINE HONG KINSTON “TIGRES BLANCOS”	1
MU LAN, LA GUERRERA	20
“EL ADIÓS A MU LAN”	21
MU LAN’S FAREWELL	23
MAXINE HONG KINSTON “WHITE TIGERS”	25